

LEWIS CARROLL

Alicia en el País de las Maravillas

Diente Joven > NOVELA

ZIG-ZAG



En la madriguera del conejo

Alicia empezaba a cansarse de estar sentada junto a su hermana en el banco, sin tener nada que hacer. Una o dos veces había mirado de reojo el libro que su hermana estaba leyendo, pero no tenía ilustraciones ni diálogos. “¿Cuál es el objeto de un libro –pensó Alicia– que no tiene dibujos ni conversaciones?”

Estaba recapacitando en su mente (en la mejor forma que podía hacerlo, ya que el día, demasiado caluroso, la hacía sentirse somnolienta y vacía) si el placer de hacer una guirnalda de margaritas merecería la pena de molestarse en recoger las flores, cuando repentinamente, un conejo blanco, de ojos colorados, pasó junto a ella.

La verdad es que no había nada muy especial en eso; ni tampoco preocupó mucho a Alicia oír al conejo que se decía a sí mismo:

“¡Caramba! ¡Caramba! ¡Llegaré atrasado!”

Un rato después, Alicia volvió a recapacitar sobre esas palabras, y le pareció que debieran haberla preocupado, pero en el momento en que las oyó le sonaron perfectamente naturales. Sin embargo, cuando el conejo sacó un reloj del bolsillo del chaleco, lo miró atentamente y dio señales de apresurarse, Alicia se puso de pie, porque su mente discurrió, como un rayo, que nunca antes había visto un conejo ni con chaleco ni con reloj. Y, ardiendo de curiosidad, atravesó corriendo el campo tras el animalito y alcanzó a verlo cuando se colaba en su madriguera, detrás de la cerca de zarzamoras.

Un momento después, Alicia entraba en aquel sitio, sin pensar cómo saldría después.

La madriguera se prolongaba en una especie de túnel, que bruscamente empezaba a descender; tanto, que Alicia no tuvo un segundo para pensar cuando se encontró cayendo en algo que parecía un pozo muy hondo.

Ya sea porque el pozo era en realidad muy hondo o porque ella cayó muy lentamente, el caso es que tuvo suficiente tiempo, mientras descendía, para ver lo que había a su alrededor y para imaginar lo que sucedería después. Primero, trató de mirar hacia abajo para ver dónde caería, pero estaba demasiado oscuro como para divisar algo. Luego, miró las paredes del pozo y observó que estaban llenas de estantes y de armarios para libros; más allá vio colgados mapas y láminas. A la pasada cogió un frasco de uno de los armarios. Tenía una etiqueta que decía: “MERMELADA DE NARANJAS”. Pero, para gran desilusión suya, estaba vacío. No quiso tirar el frasco

por miedo de matar a alguien que estuviera abajo, por lo que se las arregló para volverlo a colocar en otro de los armarios frente al cual pasaba.

“Bueno –pensó Alicia para sus adentros–, después de una caída como esta no podré volver a quejarme cuando ruede escalera abajo. ¡Cuán valiente me van a encontrar todos los de mi casa! ¡No diré ni una palabra si llego a caerme del propio tejado!” (Cosa que era bastante probable).

Siguió cayendo, cayendo, cayendo... ¿Acaso no terminaría nunca de caer...?

“Me pregunto cuántos kilómetros llevaré descendidos... –se dijo en voz alta–. Debo estar muy cerca del centro de la tierra. Veamos: eso significa unos seis mil quinientos kilómetros de profundidad, creo...”

(Como ustedes ven, Alicia había aprendido muchas cosas gracias a las lecciones de la escuela, y aunque esta no era muy buena oportunidad para lucir sus conocimientos, ya que no había nadie que la oyese, siempre resultaba conveniente practicar...).

“Sí, esa debe ser más o menos la distancia, pero ahora me pregunto qué grado de latitud o de longitud habré alcanzado...”

(Alicia no tenía la menor idea de lo que significaba eso de latitud o de longitud, pero pensó que tales palabras sonaban maravillosamente).

Siguió reflexionando:

“Quisiera también saber si estoy cayendo directamente al centro de la Tierra... ¡Qué divertido va a ser cuando salga y aparezca en medio de la gente que camine con la

cabeza abajo! Son los antipáticos, me parece...” – (Esta vez sí que estaba contenta de que no hubiese nadie oyéndola, porque no estaba en absoluto segura de que fuese esa la verdadera palabra).

“Tendré que preguntarles cómo se llama el país... –¿Quiere hacer el favor de decirme, señora, si esta es Nueva Zelanda o Australia?” (Y al pronunciar estas palabras trató de usar el tono más amable que le fue posible, aunque su cortesía resultaba más bien fantástica al ser aplicada mientras volaba por el aire). ¡Figúrense, cortesía en semejante momento!

“¡Cuán ignorante me van a encontrar cuando les haga la pregunta! No, no preguntaré nada... Es muy probable que vea el nombre del país escrito en alguna parte”.

Siguió cayendo, cayendo, cayendo... Como no había otra cosa que hacer, Alicia empezó a hablar de nuevo:

“¡Me parece que Dinah me echará mucho de menos esta noche! (Dinah es la gata). Se me ocurre que en este momento estará recordando su plato de leche, porque ya es la hora del té. ¡Mi Dinah querida, cómo quisiera que estuvieses conmigo! No hay ratas en el aire, me temo; pero creo que podrías cazar un murciélago, que en realidad se parecen bastante a las ratas, como tú sabes. Pero, ¿les gustan los murciélagos a los gatos?”

En eso Alicia empezó a sentir algo de sueño, pero continuó diciéndose a sí misma, con un tono bastante adormilado:

“¿Comen murciélagos los gatos? ¿Comen murciélagos los gatos”. Y luego: “¿Comen gatos los murciélagos?”

Como ustedes ven, no podía contestar ninguna de

las dos preguntas, así es que en realidad no importaba la forma en que las hiciera. Sintió que se dormía y empezó a soñar que caminaba de la mano con Dinah, y que decía a la gatita, muy seriamente:

“Ahora, Dinah, dime la verdad: ¿te has comido un murciélago alguna vez?”

De repente, ¡bam!, ¡pam!, ¡puf!, cayó sobre un montón de ramas y hojas secas. Allí terminó el descenso.

Alicia no se encontraba herida en absoluto, y, de un salto, se puso de pie. Miró hacia arriba, pero todo estaba oscuro. Ante ella se abría otro largo corredor, y en él vio al conejo blanco que continuaba corriendo. No había un momento que perder... Alicia, ligera como el viento, continuó tras el animalito y alcanzó a oír que decía, mientras doblaba una esquina:

–¡Por mis orejas y mis bigotes, qué tarde se me está haciendo!

Estaba muy cerca del conejo cuando este dobló la esquina; sin embargo, lo perdió de vista.

Ahora se encontró en una sala muy larga y baja, alumbrada por una hilera de lámparas que colgaban del techo.

La sala se veía rodeada de puertas, pero todas estaban con llave, y aunque Alicia trató de abrirlas, una por una, no pudo conseguirlo. Se dirigió tristemente al centro de la habitación, pensando cómo se las arreglaría para salir de ella.

De pronto se encontró junto a una pequeña mesa de tres patas, construida con un cristal muy sólido. Sobre ella, no había nada más que una minúscula llavecita de oro. La

primera idea que tuvo Alicia fue que la llave perteneciera a una de las puertas de la sala; pero, desgraciadamente, ya fuese porque las cerraduras eran demasiado grandes o la llave demasiado pequeña, el caso es que no pudo abrir ninguna puerta. No obstante, al recorrer por segunda vez la habitación, encontró una cortina que no había visto antes y descubrió que, detrás de ella, había otra puerta que no tendría más de cuarenta centímetros de alto. Ensayó de nuevo la llavecita, y para su gran alegría, calzaba perfectamente.

Alicia abrió la puerta y encontró que conducía a un pequeño pasillo, que no era más grande que una cueva de ratones. Se arrodilló, y, mirando a través del corredor, vio el jardín más hermoso que es posible imaginar.

¡Cuánto desearía salir de aquel sitio oscuro para pasearse en medio de esas lindas flores y junto a las frescas fuentes! Pero ni siquiera podía pasar la cabeza a través de la puerta.

“¿Qué sacaré con lograr pasar la cabeza, si no me caben los hombros? –pensó la pobre Alicia–. ¡Qué no daría yo por poder encogerme igual que un telescopio! Creo que podría hacerlo si solo supiera cómo empezar...”.

Por lo que ustedes ven, a Alicia le estaban pasando cosas tan extraordinarias, que ya no podía considerar nada imposible.

Parecía inútil seguir esperando junto a la pequeña puerta, así es que volvió hasta la mesa con la lejana esperanza de poder encontrar otra llave o, al menos, un libro que contuviera las reglas para que la gente se pudiera contraer como los telescopios. Esta vez descubrió un pequeño frasco (“que ciertamente no estaba allí antes”, pensó

Alicia), que tenía colgando del cuello una etiqueta con la siguiente palabra, escrita con unas grandes y hermosas letras impresas: “BÉBEME”.

Estaba muy bien aquello de decir “Bébeme”, pero la prudente Alicia no iba a hacer eso precipitadamente.

“No, miraré primero –se dijo–, y veré si en alguna parte dice veneno”.

Alicia tomaba esas precauciones, porque conocía por sus libros de cuentos muchas lindas historias respecto a niños que se habían quemado, que habían sido devorados por bestias salvajes y que les habían acontecido otras cosas desagradables nada más que por no recordar las sencillas cosas que sus amigos les habían enseñado, tales como que un hierro calentado al rojo quema, si se le coge con la mano, y que el dedo sangra si se le corta muy profundamente con un cuchillo. Ella nunca había olvidado eso ni tampoco que, si se bebía el contenido de un frasco que dijera “veneno”, era casi seguro que, tarde o temprano, le sucedería algo desagradable.

Sin embargo, esta botella no decía “veneno”, así es que Alicia se aventuró a probar su contenido y, encontrándolo muy agradable (tenía desde luego una mezcla del gusto de una torta de fresas con piña, pavo asado, crema, galletas y tostadas con mantequilla), lo consumió entero.

*

“¡Qué sensación tan extraña! –dijo Alicia–. Debo estar encogiéndome como un telescopio”.

Así era, en realidad. Ahora solo tenía unos quince centímetros de altura y su rostro se iluminó con la alegría de pensar que ya podía atravesar la puerta y entrar en el lindo jardín. Sin embargo, esperó primero durante unos cuantos minutos para ver si seguiría achicándose, idea que la ponía un poco nerviosa, porque “ya es suficiente, y si sigo así pareceré una vela”, pensó.

Después de un momento, viendo que no le pasaba nada más, decidió ir al jardín de una vez. Desgraciadamente para la pobre Alicia, descubrió, al llegar a la puerta, que había olvidado la llavecita de oro sobre la mesa y que ahora no era posible alcanzarla. A través del cristal la veía perfectamente: trató de trepar por una de las patas de la mesa, pero era demasiado resbalosa. Después de inútiles ensayos, sintiéndose muy cansada, se sentó en el suelo y lloró amargamente.

“¡Vamos, no saco nada con llorar! —se dijo Alicia, casi con enojo—. Lo mejor es que me deje de lágrimas.”

Generalmente se daba a sí misma muy buenos consejos (aunque muy rara vez los seguía) y a veces se reprendía tan severamente, que hasta conseguía que las lágrimas acudieran a sus ojos. En una ocasión recordó haberse tirado sus propias orejas por haberse hecho a sí misma una trampa jugando al croquet. Jugaba contra ella, pero esta curiosa niña era muy aficionada a imaginar que representaba a dos personas.

“¡Es inútil ahora pretender que soy dos! —pensó la pobre Alicia—. Me bastaría ser una sola niña, pero una niña razonable”.

Muy poco después, sus ojos dieron con una diminuta caja de cristal que había debajo de la mesa. La abrió y encontró un pequeño pedazo de queque, que tenía, hermosamente escrita con pasas, la siguiente palabra: “CÓMEME”.

“Está bien, te comeré —dijo Alicia—, y si me haces agrandarme, podré alcanzar la llave. Si me sigo achicando, lograré arrastrarme por debajo de la puerta, de manera que, en ambos casos, podré llegar al jardín, y entonces no me importará lo que suceda...”.

Se comió un pedacito y se dijo ansiosamente:

“¿Qué me pasará ¿Qué me pasará?”

Se puso la mano encima de la cabeza para ver si crecía o no, advirtiendo con gran sorpresa que seguía del mismo tamaño. Es, por lo demás, lo que generalmente sucede cuando se come queque, pero como Alicia ya estaba dispuesta a que solo sucedieran cosas extraordinarias, le pareció bastante vulgar y tonto permanecer tal como antes.

Siguió en su tarea y muy pronto acabó con el queque.

El charco de lágrimas

“¡Curioso y más que curioso! –gritó Alicia–. ¡Ahora me estoy estirando como el más grande de los telescopios que ha existido...! ¡Adiós, piecitos míos! (Porque cuando se los miró le pareció que estaban tan lejos que casi se perdían de vista). ¡Oh, mis pobres piecitos! ¿Cómo me las arreglaré para volverlos a calzar con zapatos y medias? ¡Estoy segura de que no seré capaz! Me encuentro demasiado lejos de ustedes para que me puedan preocupar, así es que procuren arreglárselas en la mejor forma posible...”

“Sin embargo, debo ser cariñosa con ellos –pensó Alicia–, porque si no, es posible que no quieran caminar hacia donde yo deseo ir. Vamos a ver: les daré un par de zapatos nuevos para cada Navidad”.

Continuó planeando la forma en que procedería.

“Hay que tratarlos bien –se dijo–, ¡y cuán gracioso parece

esto de mandar regalos a los propios pies de una! ¡Qué divertida resultará la tarjeta con que acompañe mi regalo!

*Señor Pie Derecho de Alicia.
Alfombra Roja, cerca de la chimenea
(con todo el cariño de Alicia).*

“¡Cielos, qué tonterías estoy hablando!”

En ese preciso momento, su cabeza chocó contra el techo de la sala, la que, por lo demás, tendría unos tres metros de alto más o menos. Inmediatamente cogió la llave de oro y corrió hacia la puertecita del jardín.

¡Pobre Alicia! Lo más que pudo hacer fue tenderse de lado para mirar con un solo ojo a través de la cerradura; pero cruzar la puerta era más complicado que nunca. Se sentó y empezó a llorar de nuevo.

“¡Debieras avergonzarte de ti misma! —se dijo sollozando— ¡Una muchacha grande como tú! ¡Seca inmediatamente tus lágrimas!”

Pero el llanto continuó igual, brotando a verdaderos raudales, hasta que se formó alrededor de ella un charco que llegaba hasta la mitad de la sala y que tendría sus cuatro centímetros de profundidad.

Después de un rato oyó a la distancia el ruido de unas pequeñas pisadas. Alicia se secó apresuradamente los ojos para ver quién venía. Era el conejo blanco que regresaba, espléndidamente vestido, con un par de albos guantes de cabritilla en una mano y un gran abanico en la otra. Venía trotando con gran prisa y murmurando:



“¡Oh, la duquesa, la duquesa! ¡Sería un salvaje si la hiciera esperar!”

Alicia se sentía tan desesperada, que estaba dispuesta a pedir socorro a cualquiera; así es que cuando el conejo se aproximó, empezó a decir con voz suave y tímida:

–Si usted me hace el favor, señor...

El conejo se detuvo violentamente. Dejó caer los guantes y el abanico y se perdió en la oscuridad tan ligero como pudo. Alicia recogió el abanico y los guantes y, como la sala estaba muy calurosa, empezó a abanicarse, mientras decía:

“¡Cielos, qué cosas tan extrañas suceden hoy día! Sin embargo, ayer todo era igual como siempre. ¿Habré cambiado en la noche? Veamos: ¿era yo la misma cuando me desperté esta mañana? Casi creo recordar que me sentí un poco diferente. Pero, si no soy la misma, ¿quién soy entonces? ¡Ahí está la gran confusión!”

Empezó a pensar en todos los niños que conocía y que fuesen de la misma edad que ella, para ver si se habría cambiado por alguno de sus amigos.

“Estoy segura de que no soy Ada –se dijo–, porque lleva el pelo en largas trenzas; en cambio, yo lo uso suelto; también estoy segura de que no puedo ser Margarita, porque yo sé muchas cosas y ella sabe muy pocas... Además, ella es ella y yo soy yo. ¡Cuán confuso es todo esto! Veré si sé todavía las cosas que aprendí. Veamos: cuatro veces cinco es doce; cuatro veces seis es treinta; y cuatro veces siete es... ¡Señor, no llegaré nunca a los veinte al paso que voy! Sin embargo, la tabla de multiplicar no significa nada... Veamos la geografía: Londres es la capital de París; y París

es la capital de Roma; y Roma... No, eso está todo malo, estoy segura... Debo haberme cambiado por Margarita. Trataré de decir como ella...”.

Cruzó las manos sobre su falda, como si fuera a recitar una lección, pero, al hablar, su voz sonó ronca y extraña. Además, las palabras no eran las que estaba acostumbrada a decir:

*¿Qué hace el pequeño cocodrilo
para alzar la cola vibrante
y en dorada escala brillante
conmover las aguas del Nilo?*

*Sonriente, espera la caza
afilando su garra aguda,
y a los pececillos saluda
cuando entran por su boca.*

“Estoy segura de que esas no son las palabras correctas –dijo la pobre Alicia, y sus ojos se llenaron de nuevo de lágrimas, mientras seguía reflexionando en voz alta–: Debo ser Margarita, después de todo, y tendré que irme a vivir en su casa sucia y pequeña, sin juguetes y con miles de lecciones que aprender... No, ya he tomado una resolución: si soy Margarita, me quedaré aquí. Sin embargo, me siento muy cansada de estar tan sola”.

Mientras decía esto, se miró las manos, y con sorpresa vio que, mientras hablaba, se había puesto uno de los pequeños guantes del conejo.

“¿Cómo puedo haber hecho esto? –pensó–. Debo estar achicándome de nuevo”.

Se levantó y se acercó a la mesa para compararse con ella y averiguar así su estatura. Descubrió que ahora no tendría más de medio metro de alto y que seguía achicándose rápidamente. Pronto se dio cuenta de que el causante de todo era el abanico que aún tenía en la mano. Lo tiró rápidamente en el momento preciso en que iba a desaparecer completamente.

“¡Ha sido una salvación milagrosa! –dijo Alicia, bastante asustada ante el súbito cambio, pero muy contenta de verse viva todavía–. ¡Y ahora, al jardín!

Con estas palabras, la chica corrió todo lo más rápidamente que pudo hacia la pequeña puerta, pero, para desgracia suya, la encontró cerrada de nuevo, mientras la llavecita de oro continuaba sobre la mesa de cristal.

“Las cosas están peor que antes –pensó la pobre niña–. ¡Nunca, nunca había estado tan pequeña como ahora! ¡Y declaro que es muy perjudicial esta estatura!”

Mientras pronunciaba estas palabras, su pie resbaló y, antes de que se alcanzase a dar siquiera cuenta de ello, se encontró en medio de un agua salada que le llegaba hasta la barba. Su primer pensamiento fue que, por algún motivo, había caído al mar y, “en ese caso, puedo regresar por tren”, pensó. (Alicia había ido a la playa solo una vez, llegando a la conclusión general que, cualquiera que fuese el punto de la costa donde se estuviese, siempre se encontraba gente bañándose en el mar, niños jugando en la arena, una fila de casas de pensión y, detrás de ellas,

una estación de ferrocarril). No obstante, pronto se dio cuenta de que estaba en la piscina de lágrimas que había derramado momentos antes.

“¡Quisiera no haber llorado tanto! –reflexionó Alicia, mientras nadaba tratando de hallar por dónde salir–. Me imagino que encontraré mi castigo ahogándome en mis propias lágrimas. ¡Será una cosa rara, indudablemente! Pero, al fin y al cabo, todo ha sido raro hoy día”.

En ese momento sintió que alguien chapoteaba un poco más allá. Se acercó para ver quién era, creyendo al principio que se trataba de un lobo de mar o de un hipopótamo, pero luego recordó que, como ella estaba muy pequeña, el animal se veía muy grande, siendo que no era nada más que una rata que también se había caído al agua.

“¿Sacaré algo con dirigirme a esta rata? –pensó Alicia–. Aquí abajo todas las cosas son al revés, así es que no sería nada de raro que el animalito hablase. En todo caso, nada se pierde con ensayar...”. Así es que dijo:

–Oiga, rata, mire usted, estoy muy cansada de nadar en este charco... (Alicia imaginó que esta era la forma correcta de hablarle a una rata. Es verdad que no lo había hecho antes, pero en el libro de lecturas venían algunas frases por el estilo).

La rata la miró con aire de curiosidad, y hasta pareció que guiñaba uno de sus ojitos, pero no dijo nada.

“Tal vez no entienda inglés –pensó Alicia–. Se diría que es una rata francesa que hubiese llegado en el tiempo de Guillermo el Conquistador”. (A pesar de todos sus conocimientos históricos, Alicia no tenía una noción muy

clara de lo que hubiese sucedido antes de aquella época).

Empezó a decir de nuevo:

—*Où est ma chatte?* (que era la primera frase que aparecía en su libro de gramática francesa y quiere decir: “¿Dónde está mi gata?”)—. La rata dio un salto fuera del agua y pareció que se estremecía de miedo.

—¡Oh, perdóneme usted!—suplicó Alicia apresuradamente, temerosa de haber ofendido al pobre animal—. Me olvidé de que a ustedes no les gustan los gatos.

—¡No, no me gustan los gatos!—gritó la rata con voz indignada y aguda—. ¿Te gustarían los gatos si estuvieses en mi lugar?

—Es posible que no—contestó Alicia con tono conciliador—. Pero no se enoje por eso. Y, sin embargo, me gustaría poder mostrarle mi gata Dinah... Creo que se aficionaría a los gatos solo con verla a ella. Es una criatura tan suave y encantadora...—continuó diciendo la muchacha, mitad para sí misma, mientras nadaba perezosamente en la piscina—. Además, le gusta sentarse a ronronear cerca del fuego, pasándose la lengua por las patas y luego lavándose con ellas la cara... Fuera de eso, es tan delicioso hacerla dormir en los brazos; y, por lo demás, es una eximia cazadora de ratas... ¡Oh, le ruego que me perdone!—gritó Alicia de nuevo, porque esta vez la rata tiritaba entera y se veía que estaba realmente ofendida—. Ya no hablaremos más de ella, si usted lo prefiere...

—¡Por cierto que prefiero no hablar de eso!—contestó la rata, que se estremecía hasta la punta de la cola—. ¿Crees que me gusta tratar ese tema? Nuestra familia siempre ha

odiado los gatos. ¡Son criaturas sucias, bajas y vulgares! ¡No me vuelvas a hablar de ellos nunca más!

—No lo haré, por cierto—repuso Alicia, apresurándose a cambiar el tema de la conversación—. ¿Es usted aficionada a los perros?

Como la rata no contestara, la muchacha siguió hablando rápidamente.

—¡Hay un perrito precioso cerca de casa, y me encantaría mostrárselo! Es un terrier con ojos brillantes y con pelo café largo y sedoso. Todas las cosas que yo lanzo lejos, me las trae... Se sienta y mueve las manitos para pedir su comida y toda clase de cosas. Apenas puedo recordar todas sus gracias. Pertenece a un hacendado, ¿me comprende usted?, el que dice que el animal le resulta tan útil, que no lo vendería ni por muchos miles de pesos. Cuenta que mata todas las ratas, pero, ¡Dios mío, qué tonta soy!—dijo la niña, con voz apenada, interrumpiéndose—. ¡Temo que esta vez sí que la he ofendido de veras!

Así debió haber sido, porque ya la rata se había lanzado a nadar en dirección contraria y, después de agitar enérgicamente el agua con su chapoteo, se alejó.

Alicia nadó tras ella, mientras la llamaba con voz suave:

—Por favor, vuelva atrás, ratita querida. No hablaremos más ni de gatos ni de perros, si usted no quiere.

Al oír estas palabras, la rata dio media vuelta y regresó junto a la niña. Alicia encontró que el animalito estaba muy pálido, cosa que ella atribuyó a la ira. Dijo con voz temblorosa y apenas perceptible:

—Alcancemos la orilla y allí le contaré mi historia.

Entonces comprenderá usted a qué se debe mi odio por los perros y los gatos.

Ya era tiempo de nadar hacia afuera, porque aquella especie de lago se estaba poblando con todos los pájaros y animales que habían caído dentro: había un pato, un loro, un pingüino y un aguilucho, y muchas otras extrañas criaturas. Alicia encabezó la marcha y todos se dirigieron nadando hacia la orilla.

La carrera de los jurados y una larga historia

Formaban, indudablemente, una reunión bastante curiosa al encontrarse todos agrupados en la orilla. Los pájaros mostraban las plumas cubiertas de barro, mientras que los animales tenían los pelos pegados. Todos tiritaban y chorreaban agua, sintiéndose bastante malhumorados e incómodos.

El primer asunto que se trató fue, naturalmente, buscar un medio cómo secarse. Se discutió la cosa y, después de algunos minutos, Alicia encontró lo más natural del mundo hablar con todo el grupo con una familiaridad igual como si les hubiese conocido toda la vida. En

efecto, sostuvo una larga disputa con el loro, hasta que llegó un momento en que este se volvió furioso y dijo:

—¡Yo soy más viejo que tú y, por consiguiente, sé mejor de estas cosas!

Por cierto que Alicia no podía permitir esta afirmación sin antes saber qué edad tenía el animal, y como el loro se obstinó en guardar silencio respecto al número de años que contaba, no hubo nada más que agregar.

Finalmente, la rata, que parecía ser persona de alguna autoridad entre ellos, gritó:

—¡Siéntense todos y escúchenme! Yo lograré que se sequen en un momento.

Todos se sentaron formando un gran círculo y dejando a la rata en el medio. Alicia no podía apartar sus ojos del animalito, porque estaba segura de que atraparía un resfrío, si no conseguía secarse luego.

—¡Ajá! —dijo la rata, dándose un aire de gran importancia—. ¿Están todos listos? Esto es, que yo sepa, lo mejor para secarse. ¡Silencio todo el mundo, por favor! Guillermo el Conquistador, cuya causa fue apoyada por el Papa, pronto se impuso a los ingleses, quienes querían un jefe y estaban, desde hacía tiempo, acostumbrados a la usurpación y a la conquista. Edwin y Morcar, condes de Mercia y Northumbria...

—¡Uf! —exclamó el loro, con un escalofrío.

—Perdone usted —dijo la rata frunciendo las cejas, aunque con mucha cortesía—. ¿Decía usted algo?

—¡Yo no! —repuso a toda prisa el aludido.

—Me pareció así —observó la rata—. Entonces sigo: Edwin y Morcar, los condes de Mercia y Northumbria, votaron por Guillermo, y hasta Stigand, el patriótico arzobispo de Canterbury, encontró aconsejable...

—¿Encontró qué? —preguntó el pato.

—Encontró conveniente... —contestó la rata indignada—. Por supuesto que usted entiende lo que yo quiero decir...

—Ya lo creo que sé perfectamente lo que significa encontrar... —respondió el pato—. Casi siempre encontrar quiere decir para mí un sapo o un gusano. La cosa es que... ¿cuál fue el asunto que encontró aconsejable el arzobispo?

La rata no se dio por aludida ante esta pregunta y continuó muy rápidamente.

—...encontró conveniente ir con Edgar Atheling al encuentro de Guillermo para ofrecerle el trono. La conducta de Guillermo fue moderada al principio, pero la insolencia de sus normandos... ¿Cómo se encuentra usted, preciosa? —preguntó, interrumpiendo su relato y dirigiéndose a Alicia.

—Tan mojada como siempre —repuso la muchacha con acento melancólico—. No parece que me seco en absoluto...

—Entonces —dijo el pájaro-niño, balanceándose con un aire muy solemne—, propongo que la reunión se postergue con el objeto de adoptar remedios más energicos.

—¡Habla en cristiano! —gritó el aguilucho—. No conozco el significado de todas esas largas palabras y, lo que es peor, tampoco creo en lo que tú dices.

Escondió la cabeza para ocultar una sonrisa. Algunos de los demás animales rieron sin disimulo.

–Lo que yo pretendía decir –explicó el pájaro-niño, con tono ofendido– era que lo mejor para secarnos sería una carrera de jurados.

–¿Qué significa una carrera de jurados? –preguntó Alicia, no porque tuviera grandes deseos de saberlo, sino que, más bien, porque el pájaro había hecho una pausa como si pensara que alguien debía hablar y no se veía nadie dispuesto a tomar la palabra.

–Me parece –repuso el pájaro-niño– que la mejor manera de explicarla es practicándola.

(Y como se me ocurre que a ustedes también les gustaría hacer el ensayo en una mañana de invierno, les contaré cómo procedió aquel maestro improvisado).

En primer lugar trazó en el suelo una pista de carrera que consistía en una especie de círculo (“La forma exacta no tiene importancia”, declaró), y todos los animales reunidos se fueron distribuyendo en la pista como se les ocurrió. No se dio la partida en la forma corriente, es decir: “uno, dos, tres y...”, sino que cada uno empezó a correr cuándo le dio la gana, con lo que resultaba difícil saber cuándo terminaba la carrera. Sin embargo, después de haber corrido media hora, más o menos, se dieron cuenta de que ya estaban secos, con lo que el pájaro-niño gritó:

–¡La carrera ha terminado!

Todos los otros le rodearon, con la respiración entrecortada por el esfuerzo, preguntándole:

–Pero, ¿quién ganó?

El pájaro tuvo que pensar mucho antes de responder y, para eso, se sentó durante un largo rato con el dedo apoyado en la frente (en la misma posición con que se ve generalmente a Shakespeare en los cuadros que le representan), mientras que los demás guardaban silencio. Finalmente el juez dijo:

–Todo el mundo ganó y todos merecen premios.

–Pero, ¿quién va a distribuir los premios? –preguntó un coro de voces.

–¿Quién? Ella, naturalmente –contestó el interrogado, señalando a Alicia con el dedo.

Todos los animales la rodearon, gritando desordenadamente:

–¡Premios...! ¡Premios!

Alicia no sabía qué hacer y, en su desesperación, se metió la mano al bolsillo, sacando una caja de bombones (que, felizmente, habían quedado intactos, a pesar del agua salada) y los ofreció en calidad de premios. Había exactamente uno para cada uno.

–Pero ella también debe tener premio –observó la rata.

–Por cierto –repuso muy gravemente el pájaro -niño–. ¿Qué más tienes en el bolsillo? –preguntó, dirigiéndose a la niña.

–Nada más que un dedal –repuso Alicia tristemente.

–Pasa el dedal –gritó el pájaro-niño.

Todos rodearon de nuevo a la muchacha, mientras que el pájaro-niño hacía entrega solemne del dedal, diciéndole:

–Te rogamos que aceptes este elegante dedal...

Una vez terminado este discurso, todos gritaron y vitorearon.

Alicia encontraba el asunto muy absurdo, pero ellos tenían un aspecto tan serio que no se atrevió a reírse. Como no se le ocurrió nada que decir, se limitó a hacer una reverencia y a coger el dedal, aparentando el aire más solemne que pudo.

En seguida había que comerse los bombones, cosa que causó cierto ruido y confusión, porque los animales grandes decían que no podían saborear el suyo, mientras que los chicos se atoraban y era necesario golpearles la espalda. Sin embargo, el asunto se terminó finalmente y todos se sentaron de nuevo en un círculo y rogaron a la rata que les relatara algo más.

–Usted me prometió contarme su historia, ¿recuerda? –dijo Alicia–, y cuál es la razón que la hace odiar a los g... y a los p... (Estas últimas palabras las pronunció muy bajo y usando nada más que las iniciales, por miedo de ofender de nuevo al animal.)

–¡Es una larga y triste historia! –repuso la rata, volviéndose a Alicia y suspirando–. Se trata de la historia de una cola que se arrastra por la vida.

–La tiene usted muy larga, ciertamente –contestó la muchacha, observando curiosamente la cola de la rata–. Pero, ¿por qué tiene que ser triste?

Estuvo tratando de resolver el enigma, mientras la rata empezaba a hablar. La historia de la cola era algo así:

“Un perro enorme, dijo
a un ratón que andaba
por su mansión:

–Vamos a ver al
señor juez, que te
juzgue de una vez
No hay excusa que
te valga: La sentencia
que te salga yo mismo
la he de ejecutar,
porque hoy no tengo otra cosa en
qué pensar–. Dijo la
rata a su enemigo:
–Este juicio sin
testigo y sin juez
no ha de daros
honra y prez, y será,
probablemente, perder el tiempo
inútilmente.
–Yo seré juez
y testigo– dijo, ladrando, el
enemigo–. Yo seguiré todo el
proceso, porque
que mucho me divierte
condenar ratas a muerte.”

–¡No está usted prestando atención! –dijo la rata severamente a Alicia–. ¿En qué está pensando?

–Perdóneme –repuso Alicia humildemente–. Creo que ha llegado usted a la quinta parte...

–¡No es así! –contestó enojada la rata.

–¡Un nudo! –exclamó la muchacha, tratando siempre de ser útil y mirando a su alrededor–. Permítame usted que la ayude a deshacer el nudo de su historia.

–No consentiré semejante cosa –repuso la rata, levantándose y yéndose de allí, mientras murmuraba–: ¡Me ha insultado usted al decir esas tonterías!

—Perdóneme, pero lo he dicho sin ninguna mala intención —suplicó la pobre Alicia—. ¡Se ofende usted con demasiada facilidad!

La rata solo gruñó como respuesta.

—Vuelva usted, se lo ruego, para que termine su historia —siguió llamándola Alicia, mientras todos le hacían coro—. Siga, por favor.

Pero la rata solo movió la cabeza negativamente y con impaciencia, mientras se alejaba aún más ligero.

—¡Qué lástima que no se haya quedado! —suspiró el loro tan pronto como la rata se perdió de vista.

Un viejo cangrejo aprovechó la ocasión para decir a su hija:

—¡Fíjate bien, hijita, eso te servirá de lección para no dejarte llevar jamás por tu mal humor!

—¡Sujeta la lengua, papá! —repuso la pequeña cangreja con tono de molestia—. ¡Eres capaz de acabar con la paciencia de una ostra!

—¡Qué lástima que no estuviese Dinah aquí! Habría traído de nuevo a la rata en un instante —observó Alicia sin dirigirse a nadie en particular.

—¿Y quién es Dinah, si es que me puedo permitir preguntárselo? —la interrogó el loro.

Alicia se apresuró a responder, porque siempre estaba lista para disertar respecto a sus regalones.

—Dinah es nuestra gata. ¡No se pueden imaginar ustedes lo lista que es para cazar ratas! Y, ¡oh, me gustaría que la vieran cuando persigue a los pájaros! ¡Se puede comer un pajarito en menor tiempo de lo que uno se demora en mirarlo!

El discurso produjo un efecto extraordinario en la reunión. Algunos de los pájaros presentes se apresuraron a salir volando. Una urraca se acurrucó, diciendo:

—En realidad, debo volver a casa. El aire de la noche me hace mal para la garganta.

El canario llamó a sus pequeños con voz temblorosa:

—Vengan, vengan, hijitos. ¡Es tiempo de más para que ustedes ya estén en la cama!

Con diferentes pretextos, todos se marcharon y Alicia quedó sola.

—¡Quisiera no haber nombrado a Dinah! —se dijo a sí misma con tono melancólico—. ¡Nadie parece quererla aquí, aunque estoy segura de que es la mejor gata del mundo! ¡Oh, mi querida Dinah, me pregunto si te volveré a ver!

Al decir esto, la pobre pequeña se puso a llorar de nuevo, porque se sentía muy sola y deprimida. Sin embargo, momentos después, volvió a sentir el ruido de pequeñas pisadas a la distancia. Miró con la esperanza de que la rata hubiese cambiado de parecer y pudiera volver a terminar su historia...

El conejo envía un mensaje

Era el pequeño conejo que volvía con suave trote de nuevo, mirando a uno y otro lado, como si hubiese perdido algo. Murmuraba para sí mismo:

“¡La duquesa! ¡La duquesa! ¡Ay, de mis pobres patas! ¡Ay de mis pobres bigotes y de mi pobre piel! Como que me llamo conejo, estoy seguro de que me ejecutará... ¡Dónde los podré haber perdido!

Alicia adivinó al momento que el animalito andaba buscando su abanico y su par de guantes; así es que, impulsada por sus buenos sentimientos, empezó a buscarlos también. Pero no se veían en ninguna parte: todo parecía haber cambiado desde que estuvo nadando en la piscina; la gran sala, con su mesa de cristal, había desaparecido completamente.

Mientras andaba en la búsqueda de sus cosas, el conejo advirtió muy pronto la presencia de Alicia y le gritó con tono bastante áspero:

—¿Qué es esto María Ana? ¿Qué andas haciendo por aquí? Anda corriendo a casa y tráeme un par de guantes y un abanico. ¡Date prisa!

Alicia estaba tan asustada, que corrió inmediatamente en la dirección que le indicaba el conejo, sin tratar de explicarle el error en que estaba.

“Me tomó por su camarera —se decía la muchacha, mientras corría—. ¡Cuán sorprendido va a estar cuando se dé cuenta de quién soy yo! Pero será mejor que le traiga sus guantes y su abanico, es decir, si puedo encontrarlos...”

Mientras decía estas palabras, llegó frente a una casa blanca, pequeña y de aspecto muy limpio. En la puerta había un brillante letrero que decía: “G. CONEJO”. Entró, sin golpear, y subió corriendo a los altos. Iba con mucho miedo de encontrarse con la verdadera María Ana, y tuvo que dar vueltas por toda la casa antes de encontrar el abanico y los guantes.

“¡Qué extraño me parece —se dijo Alicia— esto de obedecer el mandato de un conejo! ¡Creo que ahora me irá a mandar Dinah!”

Su imaginación empezó a soñar lo que sucedería cuando la gata le dijera: “¡Señorita Alicia, venga inmediatamente y arréglese para que vayamos de paseo!” “Voy en seguida, Dinah”. “¡Espéreme un momento, no me puedo mover de aquí hasta que regrese Dinah. Me he quedado vigilando esta cueva de ratas por si alguna quiere escapar...”. Pero luego pensó:

“No creo que en casa soportarían mucho tiempo a Dinah si empezara a dar órdenes.”

A todo esto, Alicia había entrado a una habitación muy pequeña, en la que se veía, junto a la ventana, una mesa y, sobre ella, un abanico y dos o tres pares de diminutos guantes. Cogió el abanico y un par de guantes y, precisamente cuando iba a salir del cuarto, vio una botella que estaba junto al espejo. Esta vez no tenía ninguna etiqueta que dijera: “Bébeme”; sin embargo, la destapó y se la llevó a los labios.

“Estoy segura de que algo interesante va a suceder —se dijo— cada vez que yo beba o coma algo, así es que veré qué efecto me producirá el contenido de esta botella. Espero que me haga crecer de nuevo, porque, en realidad, ya estoy empezando a cansarme de ser una cosa tan pequeña”.

El líquido dio el resultado que ella esperaba y mucho más ligero de lo que hubiera creído. Antes de que se hubiera bebido la mitad de la botella se encontró con que la cabeza topaba el techo y tuvo que dejar de beber para que no se le rompiera el cuello. Puso rápidamente la botella en el suelo, diciendo:

“¡Ya es suficiente! Espero que no seguiré creciendo, porque, de ser así, no voy a poder salir por la puerta... ¡Ay, querría no haber bebido tanto!”

Pero ya era demasiado tarde. Alicia siguió creciendo y creciendo. Pronto tuvo que ponerse de rodillas en el suelo, pero después ya el espacio era pequeño hasta para estar así. Trató de tenderse, con un codo contra la puerta y el otro brazo doblado sobre la cabeza... Seguía creciendo y,

como último recurso, sacó un brazo por la ventana y el pie por la chimenea, pensando:

“Suceda lo que suceda, ya no puedo hacer más. ¿Qué será de mí?”

Felizmente para Alicia, la pequeña botella había terminado de hacer su mágico efecto y la muchacha no siguió creciendo, a pesar de que ya se encontraba bastante incómoda y no le parecía posible poder salir nunca más de la habitación, por muy desgraciada que se sintiera.

“Era mucho más agradable estar en casa –pensó la pobre Alicia–, donde uno no está siempre achicándose y creciendo, ni tampoco tiene que obedecer las órdenes de ratas y conejos. Querría no haber entrado por aquella madriguera del conejo y, sin embargo, no deja de ser curiosa esta nueva vida. No sé qué es lo que ha podido pasarme. Cuando leía cuentos de hadas, me imaginaba que tales cosas no podían ocurrir, y he aquí que ahora me suceden a mí las mismas aventuras. ¡Debería haber un libro escrito sobre mí! Cuando crezca, yo escribiré uno; pero, en realidad, ahora estoy creciendo –agregó en tono quejumbroso– tanto, que ya no hay sitio para que crezca más...”.

“Pero luego –siguió pensando Alicia–, ¿cómo podré aprender mis lecciones aquí? Apenas si hay sitio... Es imposible que pueda traer los libros...”.

Siguió pensando y pensando en lo mismo, viendo el asunto en todos sus aspectos, conversando con ella misma respecto a las ventajas y desventajas de su nueva situación.

Al cabo de algunos minutos, oyó una voz que gritaba afuera, y se puso a escuchar:

–¡María Ana! ¡María Ana, tráeme inmediatamente mis guantes!

En seguida sintió el ruido de pequeñas pisadas que subían la escalera. Alicia estaba segura de que era el conejo que venía a buscarla, y esta idea la hizo temblar en tal forma, que estremecía toda la casa, sin recordar que ahora era cien veces el tamaño del conejo y que, por consiguiente, no había nada que temer.

El conejo llegó hasta la puerta y trató de abrirla, pero esta se abría hacia adentro y el codo de Alicia la sujetaba, por consiguiente, el animal no pudo lograr su intento. Alicia oyó que decía:

“Trataré de entrar por la ventana”.

“Eso no lo conseguirás”, pensó Alicia, y después de esperar el tiempo que supuso necesario para que el conejo estuviera inmediatamente debajo de la ventana, sacó la mano y la movió en el aire, como si tratara de coger algo. Por cierto que no tomó nada, pero sintió un pequeño chillido, el ruido de un cuerpo que cae y de cristales rotos, con lo que dedujo que era posible que el conejo hubiese caído en su invernadero de coles, o algo por el estilo.

Luego oyó una voz enojada; era la del conejo:

–¡Topo! ¡Topo! ¿Dónde te has metido? – En seguida sintió otra voz que contestaba:

–Aquí estoy, su señoría, cavando la tierra para sacar manzanas.

–¿Conque sacando manzanas, eh? –dijo el conejo con

tono enojado—. Ven inmediatamente a ayudarme.

Luego se sintieron más ruidos de cristales rotos.

—Dime ahora, topo. ¿Qué es eso que hay en la ventana?

—Es un brazo, ciertamente, su señoría.

—¿Un brazo? ¿Qué tonto eres! ¿Dónde se ha visto nunca un brazo de ese tamaño que llena toda la ventana?

—Así es, su señoría. Pero en realidad se trata de un brazo...

—Bueno, en todo caso, sea lo que sea, nada tiene que hacer ahí. Anda y sácalo.

Después de esto se produjo un largo silencio, y Alicia solo podía oír, de vez en cuando, murmullos como estos:

—La verdad es que no me gusta, su señoría... No me gusta nada...

—Haz lo que te mando, cobarde.

Ella, entonces, sacó de nuevo la mano y volvió a hacer otra voltereta en el aire. Esta vez fueron dos chillidos los que se sintieron, seguidos de nuevos ruidos de cristales rotos.

“¿Cuántos serán los invernaderos de cristal que hay por ahí abajo? —se preguntó Alicia—. ¿Qué intentarán hacer ahora? Respecto a sacarme por la ventana, quisiera que lo ensayaran... El caso es que ya no aguanto más aquí donde estoy...”.

Esperó otro rato, sin oír nada más. Después sintió el crujido de las ruedas de una carretilla y el ruido de muchas voces que hablaban todas juntas. Pudo escuchar estas palabras:

—¿Dónde está la otra escalera?

—No he traído nada más que una: Guillermito trajo la otra. ¡Eh, Guillermito, tráela aquí! ¡Ponla en este rincón!

No, amárrala primero. Amárrala una con otra, porque así no alcanzan ni la mitad de la altura.

—¡Aquí, Guillermito, agárrate bien de esa cuerda!

—¿Soportará el techo?

—¡Cuidado con esa teja suelta! ¡Oh, se está cayendo...!

¡Agachen la cabeza!

Aquí se produjo un fuerte estrépito.

—¿Quién hizo eso?

—Creo que fue Guillermito.

—¿Quién bajará por la chimenea?

—Yo no, por ningún motivo...

—Hazlo tú.

—No, Guillermito lo tiene que hacer.

—¡Ven acá, Guillermito; el patrón dice que eres tú quien debe bajar!

“¿Conque Guillermito es quien ha bajado por la chimenea? —se dijo Alicia—. ¡Parece que pretenden echarle todo encima al pobre! No quisiera estar en lugar de Guillermito por ningún motivo, porque, aunque la chimenea es estrecha, creo que bien puedo dar un puntapié hacia dentro”.

Estiró el pie todo lo que pudo por la chimenea y esperó hasta que sintió que un pequeño animal (no sospechaba de qué clase era) rasguñaba y trataba de abrirse paso muy cerca de ella. Entonces pensó:

“¡Este tiene que ser Guillermito!”

Y lanzó un soberbio puntapié, esperando qué sucedería después.

Lo primero que oyó fue un coro de voces que gritaba:

—¡Ahí va Guillermito!

Luego se oyó la voz del conejo que decía:

—Cójnalo en el cerco.

En seguida se produjo un silencio y, después, una nueva confusión de voces:

—¡Sujételo por la cabeza! Tráiganle coñac. ¿Qué te ha sucedido, viejo? ¡Cuéntanos!

Se oyó entonces una voz tenue y quejumbrosa:

—Casi no me doy cuenta (Alicia supuso que era Guillermito quien hablaba)... No me den más. Gracias, estoy mejor. Pero me siento demasiado impresionado y adolorido para poder hablar... Lo único que sé es que me sentí igual que esos monos dentro de una caja de sorpresa, que de repente salen volando como un cohete.

—¿Eso fue lo que te pasó, viejo?

—Debemos quemar la casa —gritaron los conejos.

Entonces Alicia repuso con la voz más fuerte que pudo:

—Si lo hacen, echaré a Dinah para que los persiga.

Se produjo un silencio mortal, y luego Alicia pensó:

“¿Qué será lo que van a hacer ahora? Si tuvieran una pizca de inteligencia, se les podría ocurrir levantar el techo”.

Después de uno o dos minutos, todos empezaron a moverse de nuevo, y Alicia oyó que el conejo decía:

—Con una carretilla llena basta para empezar.

“¿Una carretilla llena de qué?”, pensó Alicia, pero no alcanzó a tener tiempo de cavilar, porque una granizada de pequeñas piedras le entró por la ventana y algunas le pegaron en la cara. “Yo haré que no sigan”, se dijo la muchacha, y luego gritó:

—¡Mejor sería que no volvieran a hacer eso!

Se produjo otro silencio mortal.

Alicia advirtió con sorpresa que todas las piedrecillas, al caer al suelo, se convertían en diminutas galletas. Entonces una brillante idea se le vino a la cabeza.

“Estoy segura de que si me como una de esas galletas, se me volverá a producir otro cambio en el tamaño, y como ya no puedo crecer más, quiere decir que tendré que achicarme, me imagino”.

Entonces se comió una de las galletas, y se sintió encantada al comprobar que volvía a achicarse de nuevo. Tan pronto como estuvo del tamaño suficiente como para pasar por la ventana, salió corriendo de la casa y se encontró con una multitud de animales pequeños y pájaros que estaban al lado de afuera. La pobre lagartija, que era Guillermito, se encontraba en el medio, sostenida por dos cuyes, quienes le daban el contenido de una botella. Todos se abalanzaron sobre Alicia apenas la vieron salir, pero ella corrió todo lo más rápido que pudo y pronto se encontró segura en medio de un espeso bosque.

“Lo primero que tengo que hacer —se dijo Alicia, mientras vagaba por el bosque— es recuperar mi estatura normal de nuevo; lo segundo será encontrar el camino que me lleve a aquel precioso jardín. Creo que ese será el mejor plan.

Parecía un proyecto excelente, sin duda, y muy claro y sencillo de llevar a cabo. La única dificultad radicaba en que no tenía la menor idea de cómo realizarlo. Mientras miraba a todos lados en medio del bosque, sintió un pequeño y agudo ladrido casi encima de su cabeza, lo que hizo que mirara inmediatamente hacia arriba.

Un enorme perro faldero la miraba con unos inmensos ojos cafés, y estiraba suavemente la pata, tratando de alcanzarla.

“¡Pobrecito!”, se dijo Alicia, en tono halagador, y trató de silbarle; pero sentía un gran miedo, porque pensaba que era posible que el perrito tuviese hambre y que le pareciera muy apetitoso comérsela a ella, a pesar de todos sus mimos.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, cogió una ramita seca del suelo y la alargó hasta donde estaba el perrito. Este inmediatamente dio un salto con las cuatro patas a la vez y lanzó un ladrido de felicidad, arrojándose sobre la rama. Entonces ella se escondió, porque le parecía, dada la relación de tamaños, como si estuviese jugando con un caballo de tiro y esperaba que, en cualquier momento, la aplastase bajo sus patas. El perrito no se cansaba de jugar con la rama, a la que atacaba en diferentes formas: retrocediendo un trecho y luego, dando una carrera, se lanzaba sobre ella, sin dejar de ladrar un instante; hasta que después, rendido por el cansancio, se sentó jadeando, mientras dejaba que su lengua colgara casi entera hacia afuera y sus ojos se entornaran.

Este momento pareció a Alicia una buena oportunidad para escaparse, así es que echó a correr. Corrió hasta que quedó rendida y sin aliento. Sin embargo, sentía todavía los ladridos del perro que se oían cada vez más débiles a la distancia.

“¡Qué lindo perrito era, a pesar de todo!”, se dijo Alicia, apoyándose contra un ranúnculo y abanicándose con una

hoja. “Me encantaría poder enseñarle muchas pruebas, si tuviera estatura suficiente”, continuó diciendo la muchacha, siempre pensando en el perrito. “¡Qué barbaridad, casi me olvido de que tengo que crecer de nuevo! Veamos, ¿cómo me las arreglaré? Me parece que tendré que comer o beber alguna otra cosa, pero ¿qué será?”

Eso era, en efecto, un gran enigma. Alicia miró a su alrededor, observando las flores y las hojas sobre el pasto, pero sin poder descubrir algo que pareciera ser la cosa indicada para comer y para beber en tales circunstancias. Había un gran hongo que crecía a su lado y, al mirar debajo y por todos lados, pensó que sería bueno averiguar también lo que había encima.

Se estiró lo más que pudo en la punta de los pies y atisbó por los bordes del hongo. Sus ojos se encontraron inmediatamente con una oruga, la que, sentada muy derecha y con los brazos en algo, fumaba tranquilamente una gran pipa oriental, sin advertir nada de lo que pasaba a su alrededor.

El consejo de una oruga

Durante un rato, Alicia y la oruga se miraron en silencio, hasta que, finalmente, la oruga se quitó de los labios la pipa y se dirigió a la muchacha con voz lánguida y somnolienta:

–¿Quién eres tú? –preguntó.

No era una manera muy halagadora de comenzar una conversación. Alicia respondió, más bien tímidamente:

–Casi... casi no lo sé, señora. Hasta el momento... al menos, yo sé quién era cuando desperté esta mañana, pero me parece que he tenido muchos cambios desde entonces.

–¿Qué has querido decir con eso? –repuso severamente la oruga–. Expícate.

–Creo que no puedo hacerlo en forma más clara, señora –repuso Alicia muy amablemente–, porque, para empezar, yo misma no lo entiendo. Esto de tener tantos tamaños

diferentes en un solo día resulta bastante desconcertante.

–Nada de eso –repuso la oruga.

–Bueno, quizá usted no lo haya encontrado así todavía –observó Alicia–, pero cuando tenga que convertirse en crisálida, como le pasará un día, como usted sabe, y luego se transforme en mariposa, creo que se sentirá un poco rara, ¿no le parece?

–En absoluto –contestó la oruga.

–Es posible, también, que tenga usted un modo de sentir diferente –agregó Alicia–. Lo único que sé es que a mí me parece muy raro.

–¡A tí! –dijo altivamente la oruga–. ¿Quién eres tú?

Eso les trajo de nuevo al comienzo de la conversación. Alicia se sentía un poco irritada con las bruscas observaciones de la oruga, hasta que se resolvió a hablarle muy seriamente.

–Estoy por creer que es usted quien debe presentarse primero –dijo.

–¿Por qué? –respondió la oruga.

Aquí se presentaba un nuevo enigma, y como Alicia no pudo pensar en ninguna razón lógica, y la oruga también parecía estar en un estado de ánimo bastante poco agradable, la muchacha decidió darse media vuelta e irse.

–¡Vuelve! –gritó la oruga, llamándola–. ¡Tengo una cosa que decirte!

Esto sonaba ciertamente como algo prometedor, así es que Alicia volvió.

–Serénate –aconsejó la oruga.

–¿Eso es todo? –preguntó Alicia, tragando su ira lo mejor que pudo.

–No –repuso la oruga.

Alicia pensó que lo mejor sería tal vez esperar, tanto más cuanto que ella no tenía otra cosa que hacer, y, después de todo, a lo mejor, la oruga podía decirle algo que mereciera la pena de ser oído. Durante algunos minutos el gusano echó bocanadas de humo, sin decir una palabra, pero finalmente, se quitó la pipa de la boca, se cruzó de brazos y dijo:

–¿Conque crees que has cambiado, eh?

–Temo que sí, señora –repuso Alicia–. No puedo recordar las cosas como antes y, además, no conservo la misma estatura ni por diez minutos seguidos.

–¿No puedes recordar qué cosa? –volvió a preguntar la oruga.

–Pues, he tratado de recordar la poesía que dice: “¡Cómo se afana la abejita!”; pero me ha salido no sé qué de un cocodrilo –repuso Alicia con voz llena de tristeza.

–Repíteme conmigo –ordenó la oruga–: “Papá Guillermo –dijo el muchacho–, ya eres viejo...”

Alicia cruzó los brazos y empezó a decir:

*–Papá Guillermo –dijo el muchacho–, ya eres viejo
y tus cabellos blancos están,
y aún te mantienes cabeza abajo...
¡Eso no pega bien con tu edad!*

*–Cuando era joven –respondió el padre al jovencuelo–
temí que el seso me iba a dañar;
ahora que sé que no tengo seso,
¡qué más me da!*

—Eres ya viejo —repite el joven—, como te dije,
y has engordado una enormidad;
mas sigues dando saltos mortales...
¿Por qué razones, dime, los das?

—Cuando era joven —respondió el viejo, contoneándose—,
solía mis músculos acostumbrar
con este unguento... Un peso la caja;
si lo deseas, te vendo un par.

—Ya eres viejo —dijo el mancebo— y tus mandíbulas
están muy débiles para mascar;
empero, puedes comerte un pato
y ni siquiera huesos dejar.

—Cuando era joven —le dijo el padre— acostumbraba
con mi mujer a disputar,
y el ejercicio de mis mandíbulas
lo he conservado como si tal.

—Ya eres viejo —dijo el muchacho—. Nadie diría
que tienes vista excepcional;
y aún puedes hoy, sobre la punta de tus narices,
una lamprea equilibrar.

—Te he respondido a tres preguntas, y ya es bastante
—le dijo el padre—, no abuses más.
¿Crees que voy a estar así todo el día?
Te echo a patadas si no te vas.



—¿No está correcto? —preguntó la oruga.

—No muy correcto, me temo —repuso tímidamente Alicia—. He dicho algunas palabras cambiadas.

—Está mal del principio al fin —afirmó decididamente el gusano.

Durante unos minutos se produjo un profundo silencio. La oruga fue la primera en hablar.

—¿De qué porte te gustaría ser? —preguntó a la muchacha.

—Eso no me preocupa mayormente —contestó rápidamente Alicia—. Lo único que deseo es no cambiar tan a menudo, ¿me comprendes?

—Yo no comprendo nada —repuso la oruga.

Alicia prefirió no continuar hablando. Nunca en su vida habían rebatido tanto todo lo que ella decía, y se daba cuenta de que estaba perdiendo la paciencia.

—¿Estás contenta ahora? —preguntó la oruga.

—Bueno... quisiera ser un poco más grande señora, si es que usted no se opone. ¡Esto de medir menos de diez centímetros resulta terriblemente insignificante!

—¡Es una estatura muy razonable, sin embargo! —declaró la oruga con enojo, levantándose mientras hablaba y mostrando su propia talla.

—Pero yo no estoy acostumbrada a ella... —dijo Alicia con tono dolorido. Luego reflexionó para sus adentros: “¡Cómo desearía que todas estas criaturas no se ofendieran con tanta facilidad!”

—Ya te acostumbrarás... —insistió la oruga, poniéndose de nuevo la pipa en la boca y echando bocanadas de humo.

Esta vez Alicia esperó pacientemente hasta que la oruga consintiese en volver a hablar. Después de unos minutos, el gusano quitó la pipa de su boca, bostezó una o dos veces y se sacudió. Luego descendió del hongo y empezó a arrastrarse por entre el pasto, comentando mientras se alejaba:

—Un lado te hará crecer, el otro lado te hará achicarte...

“¿Un lado de qué? ¿El otro lado de qué...?”, se preguntó Alicia en silencio.

—Del hongo —respondió la oruga, igual que si la muchacha hubiera hecho la pregunta en voz alta. Un momento después se había perdido de vista.

Alicia se quedó mirando pensativa y contempló el hongo durante un minuto, tratando de descubrir cuáles eran los dos lados que tenía. Pero el problema era difícil, porque en realidad el hongo era perfectamente redondo. Sin embargo, se decidió finalmente a estirar los brazos todo cuanto le fue posible hasta lograr coger un pedazo de hongo con cada mano.

“¿Y ahora cuál es cuál?”, se dijo la muchacha, y probó un pedacito de la mano derecha para ver qué efecto le producía: ¡Sintió entonces un terrible golpe en la barba! ¡Había topado los pies!

Bastante asustada con este súbito cambio, comprendió que no había tiempo que perder, porque se achicaba rápidamente, así es que se apresuró a remediar la situación, comiéndose un poco de la otra porción. Pero tenía la barba tan pegada a los pies, que resultaba sumamente

difícil abrir la boca; no obstante, lo consiguió al fin y se las arregló para tragar una mascada de la mano izquierda.

*

“¡Vamos, por fin siento que puedo mover la cabeza como me plazca!”, exclamó Alicia llena de alegría, pero su felicidad se transformó inmediatamente en alarma cuando se dio cuenta de que no podía encontrarse los hombros. Lo único que vio, al mirar hacia abajo, fue un pedazo larguísimo de cuello que parecía levantarse igual que en un tallo, en medio de un mar de hojas verdes que crecían allá a una gran distancia.

“¿Qué podrá ser toda esa cosa verde? –se preguntó—. ¿Y a dónde se habrán ido mis hombros? ¡Oh, mis pobres manos, no puedo verlas siquiera!” Junto con decir esas palabras, sentía que agitaba las manos, pero todo lo que conseguía era que se estremecieran las verdes y distantes hojas.

Como comprendió que no era posible poderse llevar las manos a la cabeza, trató de bajar la cabeza hasta ellas y se sintió encantada al advertir que podía doblar el cuello fácilmente, en cualquiera dirección, igual que una serpiente. Había logrado doblarlo graciosamente en una onda e iba a sumergirlo entre las verdes hojas, que resultaron ser nada menos que las copas de los mismos árboles bajo los cuales había estado vagando, cuando un agudo silbido la hizo retroceder apresuradamente: una gran paloma había volado hasta su cara y movía violentamente las alas.

–¡Una serpiente! –chilló la paloma.

–Yo no soy una serpiente –repuso indignada Alicia—. ¡Déjeme tranquila! –He dicho serpiente! –repitió la paloma, pero ya con un tono más suave. Luego agregó lastimeramente–: Lo he tratado todo sin poder conseguir nada...

–No tengo la menor idea a qué se refiere usted –declaró la muchacha.

–He ensayado la protección de las raíces de los árboles, de las orillas de los ríos y de los setos –continuó diciendo la paloma, sin preocuparse de Alicia–, ¡pero no hay forma de escapar de esas malditas serpientes!

Alicia estaba cada vez más confundida, pero pensó que no sacaba nada con hablar hasta que la paloma hubiese terminado de exponer su queja.

–¡Como si ya no fuese bastante trabajo empollar los huevos, debo, además, estar atenta contra las serpientes de noche y de día! ¡Hace tres semanas que no he podido pegar siquiera los ojos!

–Siento mucho que haya tenido usted que soportar tantas molestias –dijo compasivamente Alicia, que empezaba a comprender el significado de las quejas de la paloma.

–Apenas me he cobijado en el árbol más alto del bosque –continuó lamentándose la paloma, levantando la voz hasta convertirla en un chillido–, y apenas creo que, por fin, estoy libre de ellas, resulta que aparecen las serpientes, retorciéndose por el aire, como si cayeran del cielo. ¡Qué horror!

–¡Pero yo le aseguro que no soy una serpiente! –insistió Alicia–. Soy una... una...

—¿Y bien, qué eres tú? —preguntó la paloma—. Veo que tratas de inventar algo.

—Soy... soy una niña —declaró Alicia con tono más bien dudoso, recordando el gran número de cambios que había experimentado el mismo día.

—¡Está muy bueno eso como historia! —repuso la paloma con un tono de profundo desprecio—. En mis tiempos, he tenido ocasión de ver muchas niñas, pero jamás me ha tocado conocer a ninguna que tenga un cuello como el tuyo... ¡No, no! Eres una serpiente y no sacas nada con negarlo. Supongo que ahora piensas asegurarme que jamás has probado un huevo.

—¡Naturalmente que he comido huevos! —contestó la muchacha, siempre dispuesta a decir la verdad—. Pero todas las niñas comen tantos huevos como las serpientes, tú lo sabes muy bien.

—¡No lo creo! —repuso la paloma—; pero si lo hacen, quiere decir que son una clase de serpientes. ¡Eso es todo lo que puedo decir!

Esta idea resultaba tan nueva para Alicia, que tuvo que guardar silencio durante algunos instantes, lo cual le proporcionó a la paloma ocasión de agregar:

—Yo sé perfectamente que andas en busca de huevos, ¿y entonces qué me importa a mí que seas una niña o una serpiente?

—Pero a mí sí me importa mucho —se apresuró a asegurar Alicia—. No pienso en andar buscando huevos, como tú crees, y aunque así fuera, no tocaría los tuyos. ¡No me gustan los huevos crudos!

—¡Basta, vete de una vez! —ordenó con tono agriado la paloma, mientras se instalaba de nuevo en su nido.

Alicia se agachó entre los árboles tanto como pudo, porque el cuello se le enredaba en las ramas. De vez en cuando en cuando debía arrancar o quebrar alguna rama. Después de un rato recordó que aún le quedaban en las manos algunos pequeños pedazos del hongo y, con mucho cuidado, empezó a comérselos, mordiendo primero los de una mano y luego los de la otra, de manera que en unos momentos crecía y en otros se achicaba, hasta que logró recuperar su estatura normal.

Hacía tanto tiempo que había dejado de tener su talla acostumbrada, que al principio se sintió bastante rara, pero al cabo de unos cuantos minutos se acostumbró y empezó a hablar consigo misma, como de costumbre:

“¡Vamos, ya he conseguido realizar la mitad de mis planes! ¡Qué desconcertantes me parecen todos estos cambios! Sin embargo, he recuperado mi tamaño normal. La próxima cosa que me corresponde hacer es lograr entrar a aquel lindo jardín. ¿Cómo conseguirlo, me pregunto?”

Mientras pronunciaba estas palabras, llegó a un sitio despejado, donde encontró una pequeña casa que mediría muy poco más de un metro de altura.

“Sea quien sea la persona que viva aquí —pensó Alicia—, no puedo acercarme con mi estatura normal. ¡Asustaría a sus habitantes hasta enloquecerlos!

En vista de eso, decidió comer de nuevo unos pedacitos del hongo de la mano derecha y no se atrevió a aproximarse a la casa hasta que no se vio con una estatura de más o menos unos veinte centímetros.

Cerdo y pimienta

Durante uno o dos minutos, Alicia se detuvo a mirar la casa, preguntándose qué debería hacer en seguida, cuando repentinamente un sirviente de librea salió corriendo del bosque. (Ella supuso que era un sirviente o un lacayo, justamente por el uniforme que vestía. Si le hubiera juzgado solo por la cara, habría creído que era un pez). El personaje golpeó fuertemente la puerta con el puño. Salió a abrirle otro lacayo, que tenía una cara ancha y unos ojos redondos como los de los sapos. Alicia advirtió que los dos lacayos llevaban el cabello largo y empolvado y que se les enrollaba en forma de bucles.

El primer lacayo-pez sacó de debajo del brazo un sobre enorme, casi tan grande como él mismo, y, alargárselo al otro sirviente, dijo con un tono bastante solemne:

—Para la duquesa. Es una invitación a jugar croquet que la hace la reina.

El lacayo-sapo repitió la frase con el mismo tono solemne, cambiando solo el orden de las palabras.

—De parte de la reina. Una invitación a la duquesa para jugar croquet.

Luego ambos se inclinaron en una profunda reverencia y sus bucles se entremezclaron.

Alicia rió tanto con lo que había visto y oído, que tuvo que volver corriendo al bosque por miedo a que la oyeran, y cuando atisbó de nuevo, el lacayo-pez se había ido y el otro estaba sentado sobre el pasto, cerca de la puerta, mirando estúpidamente al cielo.

Alicia se dirigió tímidamente hacia la puerta y golpeó.

—No tiene ningún objeto golpear —dijo el sirviente—, por dos razones. Primero, porque yo me encuentro en el mismo lado de la puerta en que usted está; y segundo, porque están haciendo un ruido tan grande que nadie podría oírlo.

Tenía razón, porque se sentía un ruido extraordinario adentro: era un coro continuo de chillidos y estornudos, y de cuando en cuando se oía el estrépito de un golpe, como si una fuente o un montón de platos se hubiese venido al suelo convirtiéndose en mil pedazos.

—¿Quiere indicarme, entonces, por favor, cómo puedo entrar? —preguntó Alicia.

—Su llamado tiene que tener alguna razón —declaró el sirviente, sin hacer ningún caso a lo que Alicia le decía—, y para eso sería necesario que hubiese una puerta que

nos separara. Por ejemplo, si usted estuviese al lado de adentro, podría usted golpear para que yo la dejara salir, ¿me comprende?

Mientras hablaba, no dejaba un instante de mirar al cielo, cosa que Alicia consideró de muy mala educación.

“Tal vez no pueda evitarlo... —pensó la muchacha—. Tiene los ojos tan demasiado cerca de la punta de su cabeza. Pero, en todo caso, bien podría contestar a mis preguntas”.

—¿Cómo podré entrar? —repitió en voz alta.

—Me sentaré aquí hasta mañana —declaró el lacayo.

En este momento se abrió la puerta de la casa y salió un plato volando, que fue a dar derecho a la cabeza del sirviente. Le rozó la nariz y fue a estrellarse contra el tronco de un árbol que había detrás de él.

—También es posible que me quede hasta pasado mañana... —continuó diciendo el sirviente, exactamente en el mismo tono y como si nada hubiera sucedido.

—¿Cómo puedo entrar? —volvió a preguntar Alicia, subiendo la voz.

—¿Para qué tiene que entrar usted? —contestó el sirviente—. Hay que empezar por averiguar eso.

Lo que decía era perfectamente razonable, solo que Alicia no soportaba que le hicieran preguntas.

“¡Es terrible la forma en que estas criaturas discuten! —se dijo Alicia—. ¡Son capaces de volver loca a una persona!”

En ese momento el lacayo pensó que tal vez sería una espléndida oportunidad para repetir su observación con algunas variaciones.

—Me sentaré aquí —dijo— y me quedaré días de días...

—¿Pero qué voy a hacer yo? —preguntó Alicia.

—Lo que usted quiera —contestó el sirviente y empezó a silbar.

—¡Es inútil hablar con él! —exclamó desesperadamente Alicia—. ¡Me parece que es un perfecto idiota!

Abrió la puerta y entró.

La puerta conducía a una enorme cocina que estaba completamente llena de humo. La duquesa se encontraba sentada en un piso de tres patas en medio de la habitación y acunaba a un nene. La cocinera se inclinaba sobre el fuego, revolviendo con su cucharón un enorme caldero que parecía estar lleno de sopa.

—¡Estoy casi segura de que esa sopa tiene demasiada pimienta! —dijo Alicia, sin poder contener un estornudo.

Ciertamente que también había mucha en el aire, porque hasta la duquesa estornudaba de cuando en cuando: y, respecto al nene, éste estornudaba y chillaba alternativamente sin descanso. Las únicas dos criaturas en la cocina que parecían no estornudar eran la cocinera y un inmenso gato que estaba sentado junto al fuego y que sonreía de oreja a oreja.

—¿Tendría usted la bondad de decirme por qué su gato ríe en esa forma? —preguntó Alicia tímidamente, porque no estaba muy segura de si era buena educación hablar primero.

—Porque es un gato de Cheshire... —respondió la duquesa, y luego agregó—: ¡Cerdo!

Esta última palabra la pronunció con tal violencia, que Alicia casi dio un salto; pero, al cabo de unos instantes,

vio que el nombre estaba dirigido al nene y no a ella, así es que se armó de valor y habló de nuevo:

—Yo no sabía que los gatos de Cheshire se reían siempre. La verdad es que yo ignoraba que hubiese alguna clase de gatos que fuera capaz de reírse.

—Todos pueden —contestó la duquesa—. Y la mayoría lo hacen...

—No conozco a ninguno que lo haga —repuso Alicia gentilmente, sintiéndose muy contenta de haber podido entablar una conversación.

—Lo que pasa es que usted no sabe mucho... —declaró la duquesa.

A Alicia no le agradó mucho el tono de esta observación y pensó que sería bueno buscar otro tema de conversación. Mientras trataba de encontrar uno, la cocinera quitó la olla de sopa del fuego y empezó a disparar contra la duquesa y el nene todas las cosas que encontró al alcance de su mano: platos, sartenes, fuentes... La duquesa no hacía ningún caso a esto, a pesar de que la golpeaban, y el nene estaba chillando tan fuerte desde antes, que no era posible saber si acaso los golpes le dolían o no.

—¡Fíjese usted, por favor, en lo que está haciendo! —gritó Alicia, saltando de un lado a otro y agonizando de terror—. ¡Mire usted que le arranca su preciosa nariz! —gritó al ver que una sartén le pasaba cerca y casi se la volaba.

—Si la gente se preocupara solo de las cosas que le interesan —dijo la duquesa con un gruñido—, el mundo marcharía mucho más de prisa.

—Lo que no sería una ventaja —contestó Alicia muy

contenta de que se le presentase una oportunidad para demostrar sus pequeños conocimientos—. ¡Calcule usted el trabajo que le costaría día y noche! Como usted sabe, la tierra se demora veinticuatro horas para dar la vuelta completa en torno a su eje...

—¡Hablando de ejes! —gritó la duquesa—. ¡Arránquele la cabeza!

Alicia miró a la cocinera con ansiedad para ver si ella obedecía a la indicación; pero la mujer estaba muy ocupada revolviendo la sopa y parecía no oír. Así es que la muchacha continuó diciendo—: “Tarda veinticuatro horas, creo. ¿O acaso son doce? Yo...”.

—¡Oh, no me moleste! —exclamó la duquesa—. Nunca he podido entender en números.

Al decir estas palabras, empezó a acunar de nuevo al nene, cantándole una especie de canción de cuna y dándole una violenta sacudida al final de cada verso:

*Hay que reñir al pequeño
cuando comienza a llorar
en vez de coger el sueño,
pues lo hace por molestar.*

¡Ay, ay, ay!

(Este coro era en compañía del nene y de la cocinera).

Mientras la duquesa cantaba el segundo verso de la canción, continuaba agitando al nene violentamente de arriba a abajo, y la pobre criatura chillaba tanto, que Alicia casi no podía oír lo que la mujer decía:

*Cuando estornuda el chiquillo
le doy una buena tiento,
pues ya le gusta al muy pillo
abusar de la pimienta.*

¡Ay, ay, ay!

—Venga usted a acunar al niño un momento, si quiere —dijo la duquesa, dirigiéndose a Alicia y tirándole al nene por el aire—. Yo debo ir a arreglarme para jugar croquet con la reina.

Con estas palabras salió corriendo de la habitación. La cocinera le disparó una sartén a la espalda, pero no alcanzó a pegarle.

Alicia cogió al nene con alguna dificultad, porque era una criatura de una forma más bien extraña, y que agitaba los brazos y las piernas en todas direcciones: “igual que una estrella de mar”, pensó Alicia. La pobre criatura resollaba como una máquina a vapor cuando la tomó, y se encogía y estiraba al mismo tiempo, así es que en los primeros instantes casi resultaba imposible sostenerla.

Tan pronto como había encontrado la forma apropiada para acunar al nene (que era doblándolo como en una especie de nudo, manteniendo el pie izquierdo muy pegado a la oreja derecha para evitar que se siguiera contorsionando), lo sacó a pasear al aire fresco.

“Si yo no me llevo esta criatura conmigo —pensó Alicia—, la van a matar dentro de uno o dos días. ¿No sería un crimen dejarla?”

Estas últimas palabras las dijo en voz alta, y el nene, en respuesta, lanzó un gruñido (ya había dejado de estornudar).

—No gruñas —dijo Alicia—; esa no es manera de expresarse.

El nene gruñó de nuevo y la muchacha lo miró ansiosamente a la cara para adivinar cuál era el motivo de su enojo. No había duda de que la criatura tenía la nariz muy respingona, mucho más parecida a un hocico que a una nariz normal; además, sus ojos eran exageradamente pequeños para un nene y con una mirada que a Alicia no le gustaba en absoluto.

“Tal vez sea porque está llorando”, pensó la muchacha, y miró al niño para descubrir si en sus ojos había huellas de lágrimas. Le dijo entonces a la criatura con tono muy serio:

—No, no hay lágrimas... Si piensas convertirte en un cerdo, quiere decir que terminará nuestra amistad. ¡Cuidado!

El pobre chico lloró de nuevo (o chilló; en realidad, resultaba difícil distinguir cuál de las dos cosas hacía) y luego quedaron por un rato en silencio.

Alicia empezaba a pensar para sus adentros: “¿Qué voy a hacer ahora con esta criatura cuando regrese a casa?”

Pero el pequeño interrumpió su pensamiento con un chillido todavía más fuerte, que la obligó a mirarlo de nuevo. Esta vez sí que no había razón de equivocarse: era ni más ni menos que un cerdo, así es que Alicia comprendió que no podía continuar este asunto más adelante.

Dejó, pues, a la criatura en el suelo, y se sintió muy aliviada cuando le vio que salía trotando, en silencio, con dirección al bosque.

“¡Me parece que se va a convertir en un cerdo muy

bonito cuando crezca! —reflexionó Alicia para sus adentros—. ¡Aunque la verdad es que de pequeño me parece bastante feo!”

Esto la hizo pensar en otros niños que conocía e imaginó que se verían muy bien convertidos en cerdos, si ella supiera la manera cómo transformarlos en esos animales. Pero se interrumpió al ver al gato de Cheshire instalado en la copa de un árbol.

El gato sonrió apenas vio a Alicia, lo que la hizo suponer que el animalito tenía buen carácter, a pesar de que mostraba unas garras muy largas y una gran cantidad de dientes. Esto último indicaba que se le debía tratar con respeto.

—Minino, minino... —llamó Alicia tímidamente, sin estar muy segura de si al gato le gustaría que le llamasen—. ¿Podría decirme, por favor, por qué camino debo seguir?

—Eso depende, en gran parte, del sitio adonde quieras ir —repuso el gato.

—No me importa mucho donde sea... —declaró Alicia.

—Entonces no tiene importancia el camino que sigas... —contestó el gato.

—...siempre que llegue a alguna parte —agregó la muchacha, como para completar la explicación.

—Puedes estar segura de eso, siempre que camines lo suficiente —declaró el minino.

Alicia comprendió que esta razón no se podía discutir, así es que ensayó otra pregunta:

—¿Qué clase de gente vive aquí?

—En esa dirección —dijo el gato, levantando su pata

derecha –vive un sombrero; y en esa otra dirección vive una liebre de marzo. Puedes visitar a cualquiera de los dos. Ambos están locos.

–Pero yo no quiero mezclarme con gente loca –observó Alicia.

–Eso no lo puedes evitar –contestó el gato–. Aquí están todos locos. Yo estoy loco... Tú estás loca...

–¿Cómo sabes que yo estoy loca?

–Tienes que estarlo, porque de otra manera no habrías venido acá.

Alicia no creía que esa era una razón suficiente: sin embargo, preguntó:

–¿Puedes garantizarlo?

–Para empezar... –dijo el gato–, ¿asegurarías que un perro no es loco?

–Supongo.

–Está bien –continuó el gato–. Pero tú ves que un perro gruñe cuando se enoja y mueve la cola cuando está contento. Ahora, yo gruño cuando estoy contento y agito la cola cuando estoy enojado. Por consiguiente, quiere decir que estoy loco.

–Yo no llamo gruñir a lo que haces; lo llamo ronronear –dijo Alicia.

–Llámalo como quieras –respondió el minino, y desapareció.

Alicia no podía sorprenderse mucho de esto, porque ya estaba acostumbrándose a que sucedieran cosas extrañas. Mientras se quedaba silenciosa mirando el sitio donde antes estaba el animal, este apareció súbitamente de nuevo.

–¡Vamos por partes! ¿Dónde has dejado al nene? Casi me olvidé de preguntártelo.

–Se convirtió en un cerdo –respondió Alicia con toda tranquilidad y en la misma forma en que habría respondido si el gato se hubiera presentado naturalmente.

–¡Ya me lo imaginaba! –replicó el gato, desapareciendo de nuevo.

Alicia aguardó un momento, esperando vagamente a que el animal apareciera de nuevo, pero no fue así. Después de uno o dos minutos decidió encaminarse hacia donde decía que vivía la liebre de marzo.

“He conocido varios sombrero –pensó–, así es que esa liebre me parece mucho más interesante, y como estamos en mayo y no en marzo, tal vez se encuentre en su sano juicio.”

Mientras decía esto, miró hacia arriba y volvió a ver al gato sentado en la rama de un árbol.

–¿Has dicho que se convirtió en un cerdo? –preguntó el animal.

–Sí, te he dicho que en un cerdo –replicó Alicia–, y ojalá no continúes apareciendo y desapareciendo tan repentinamente. Me mareas...

–Perfectamente –contestó el gato.

Y esta vez desapareció muy lentamente, empezando con el extremo de la cola y terminando con su sonrisa. En realidad, la sonrisa permaneció viéndose mucho rato después que todo lo demás del gato había desaparecido.

“¡Vamos, vamos, he visto muy a menudo gatos sin sonrisas, pero sonrisas sin gatos no había visto nunca!

¡Es lo más curioso que yo hubiera podido imaginar en la vida!”, pensó Alicia.

No había avanzado mucho, cuando se presentó ante su vista la casa de la liebre de marzo. Pensó que tenía que ser esa no más la casa, porque las chimeneas se levantaban igual que orejas y el techo estaba cubierto de piel. Era una casa tan grande, que la muchacha no se atrevió a aproximarse más hasta que no hubo comido otro poco del pedazo de hongo que tenía en la mano izquierda, con lo cual alcanzó una estatura de más o menos sesenta centímetros. Aun así siguió avanzando más bien con timidez, diciendo para sus adentros:

“¿Qué sería si esa gente estuviera loca en realidad? ¡Creo que casi hubiera sido preferible que visitara al sombrerero en lugar de la liebre de marzo!”.

Una reunión de locos

Frente a la casa había una mesa instalada debajo de un árbol. Allí tomaban té la liebre de marzo y el sombrerero. Junto a ellos estaba sentado un lirón que dormía profundamente. Los otros dos comensales se afirmaban en él como si fuera un almohadón. Conversaban encima de su cabeza:

“¡Qué incómodo para el pobre lirón! –pensó Alicia–. Aunque parece que está tan dormido, que no debe importarle”.

La mesa era muy larga, pero sus tres ocupantes se habían instalado en un solo rincón:

–¡No hay sitio! ¡No hay sitio! –gritaron cuando vieron venir a Alicia.

–¡Hay bastante sitio! –contestó la muchacha indignada, sentándose en un gran sillón que había en el otro extremo de la mesa.

–Toma un poco de vino –le propuso la liebre con tono cordial.

Alicia miró toda la mesa sin ver otra cosa que té.

–No veo vino en ninguna parte –dijo.

–Claro que no hay –contestó la liebre.

–Entonces no considero que haya sido usted muy bien educada al ofrecerlo –declaró Alicia enojada.

–Tampoco es muy buena educación la tuya al sentarte sin que nadie te convide –observó la liebre.

–No sabía que esta mesa era suya. Me parece bastante más grande que para tres personas únicamente.

–Necesitas cortarte el pelo –declaró el sombrero.

Había estado mirando a Alicia durante un rato con mucha curiosidad, pero esas eran las primeras palabras que pronunciaba.

–Debiera usted aprender que no se hacen observaciones personales –le reprochó Alicia con cierta severidad–. ¡Eso es una grosería!

El sombrero abrió mucho los ojos al oír estas palabras, pero todo lo que dijo fue:

–¿Por qué se parecen tanto los cuervos a las mesas de escritorio?

–¡Ve que empezamos a divertirnos! –pensó Alicia–. Me alegro de que se hayan dedicado a jugar a las charadas”. Y dijo en voz alta:

–Creo que puedo adivinar eso...

–¿Pretendes decir que tienes una solución para la pregunta? –interrogó la liebre de marzo.

–¡Ya lo creo! Al menos... digo... creo decir, lo que es lo mismo que decir... ¿me comprende?

–No, no comprendo una palabra. ¿Pretendes hacerme

creer que decir “yo veo lo que como” es igual que decir “yo como lo que veo”? –preguntó el sombrero.

–¿Y puedes decir que “me gusta lo que tengo” es igual que decir “tengo lo que me gusta”? –continuó la liebre.

Aquí intervino el lirón con otra pregunta que parecía hacerla sobre dormido:

–¿Acaso es igual decir “yo respiro mientras duermo” a “yo duermo mientras respiro?”

–Para ti es la misma cosa –declaró el sombrero.

Aquí se interrumpió la conversación y los comensales guardaron silencio durante un minuto, mientras Alicia repasaba en su mente todo lo que sabía respecto a cuervos y mesas de escritorio, que no era mucho.

El sombrero fue el primero en romper el silencio.

–¿Qué día del mes es hoy? –preguntó, volviéndose a Alicia.

Mientras decía estas palabras había sacado el reloj de su bolsillo y lo miraba con aire de molestia, agitándolo de cuando en cuando y poniéndoselo junto a la oreja.

Alicia, después de pensar un instante, repuso:

–Hoy día estamos a cuatro.

–¡Dos días de diferencia! –suspiró el sombrero–. ¡Ya había dicho yo que con mantequilla no podía marchar bien!

Al hacer esta última observación miró con aire de enojo a la liebre.

–Era la mejor mantequilla –repuso el animal aludido con voz almibarada.

–Sí, pero tiene que haber ido con algunas migajas mezcladas en ella –contestó con un bufido el sombrero–.

No debiste haberla puesto con el cuchillo para cortar pan.

La liebre de marzo tomó el reloj y lo miró tristemente, luego lo sumergió dentro de su taza de té, contemplándolo en seguida de nuevo. Pero parece que no encontró otra cosa mejor que decir, sino repetir su primera observación:

—Era la mejor mantequilla...

Alicia había estado mirando por encima de su hombro con alguna curiosidad.

—¡Qué reloj tan divertido! —observó—. Marca el día del mes y no puede señalar la hora.

—¿Para qué habría de señalarla? —murmuró el sombrero—. ¿Acaso dice tu reloj en qué año nos encontramos?

—Por cierto que no —replicó Alicia apresuradamente—. Pero eso es porque durante tanto tiempo se pasa marcando las mismas horas...

—Ese caso es exactamente igual al mío —declaró el sombrero.

Alicia se sintió terriblemente desconcertada. La observación del sombrero parecía no tener nada que ver con el asunto y, sin embargo, estaba dicha con palabras muy claras.

—No le comprendo a usted —dijo con el tono más amable que pudo.

—El lirón se ha dormido de nuevo —declaró el sombrero, echándole un poco de té caliente encima de la nariz.

El lirón sacudió la cabeza con impaciencia y dijo, sin abrir los ojos:

—Por supuesto, por supuesto. Eso era lo mismo que yo me iba a decir.

—¿No has adivinado la charada todavía? —preguntó el sombrero, volviéndose de nuevo hacia Alicia.

—No, me doy por vencida. ¿Cuál es la respuesta?

—No tengo ni la menor idea —contestó el sombrero.

—Ni yo tampoco —agregó la liebre de marzo.

Alicia suspiró con desesperación.

—Se me ocurre que ustedes podrían aprovechar mejor el tiempo y no proponer adivinanzas cuya solución ignoran.

—Si conocieras al Tiempo tan bien como lo conocemos nosotros —dijo el sombrero—, no hablarías de desperdiciarlo. Es alguien...

—No sé lo que usted quiere decir —contestó Alicia.

—Por cierto que no sabes —dijo el sombrero, y, levantando la cabeza despectivamente, agregó—: ¡Hasta aseguraría que en tu vida has hablado con el Tiempo!

—Quizá no —respondió Alicia, afectando indiferencia—. Pero cuando estudio música tengo que estar atenta al compás del tiempo, y pegándole y pegándole...

—¡Ahí está la causa! —exclamó el sombrero—. ¡No puede soportar que le peguen! Ahora, si te mantienes en buenas relaciones con él, puedes hacer prácticamente lo que quieras con el reloj. Imagínate, por ejemplo, que son las nueve de la mañana, es decir, la hora precisa para dar tu lección... Entonces, no necesitas nada más que hacer un guiño significativo al Tiempo y él, en un cerrar y abrir de ojos, hará girar los punteros del reloj con rapidez vertiginosa y, sin que siquiera alcances a darte cuenta de ello, ya será la una: hora de almorzar...

—¡Cómo quisiera que fuese en verdad esa hora! —susurró como en un suspiro la liebre.

—¿Sería verdaderamente magnífico, en realidad! —agregó Alicia, pensativamente—. Pero si el reloj marchara tan ligero, no tendría hambre a la hora de almuerzo...

—Al principio, tal vez no —repuso el sombrero—, pero puedes dejarlo detenido a la una y media durante todo lo que quieras.

—¿Esa es la manera cómo lo arregla usted? —preguntó Alicia.

El sombrero movió la cabeza tristemente.

—¡Yo no! —suspiró—. Nos peleamos en marzo pasado, poco antes de que él se volviera loco, ¿sabes? (y al decir esto, él señaló con la cuchara a la liebre de marzo)... Fue en el gran concierto que dio la Reina de Corazones, cuando yo tuve que cantar:

*¡Aletea, aletea, murciélago,
desde la altura en que estás!*

—¿Conoces la canción, quizá?

—Por lo menos he oído algo parecido —contestó Alicia.

—Sigue así —continuó el sombrero:

*Allá arriba del cielo vuelas
cual bandeja en el azul piélagos...
Aletea, aletea..., murciélago...*

Al oír estas últimas palabras, el lirón se sacudió y empezó a cantar, sin dejar de dormir:

Aletea, aletea, aletea...

Repitió tantas veces esto mismo, que tuvieron que pellizcarlo para detenerlo.

—Apenas había terminado con mi primera estrofa —dijo el sombrero—, la reina empezó a vociferar: “Está matando el tiempo. ¡Córtenle la cabeza!”

—¡Qué horror —exclamó Alicia.

—Y desde entonces no quiere hacer nada de lo que yo le pido —continuó quejándose el sombrero—. ¡Ahora son siempre las seis!

Una brillante idea iluminó el cerebro de la muchacha.

—¿Esa es la razón, entonces, de que siempre la mesa esté puesta para tomar té? —preguntó.

—Sí, ese es el motivo —repuso con un suspiro el sombrero—. Siempre es hora del té para nosotros y no tenemos tiempo ni siquiera para lavar la loza...

—¿Quiere decir entonces que ustedes siempre se mueven en torno a la mesa?

—Exactamente, nos vamos cambiando de sitio a medida que las cosas se van ensuciando.

—¿Pero cuándo llegan de nuevo al principio? —se arriesgó a preguntar Alicia.

—¿Qué les parecería si cambiáramos de conversación? —dijo la liebre, bostezando—. Empiezo a cansarme de esto. Propongo que esta jovencita nos cuente una historia.

—Temo no saber ninguna —respondió Alicia, algo alarmada de la proposición.

—¡Entonces lo hará el lirón! —gritaron todos—. ¡Despiértate, lirón!

Con estas palabras, pellizcaron al pobre animal por todos lados.

El lirón abrió lentamente los ojos.
 –No estaba dormido –dijo con voz ronca y débil–. He oído todo lo que ustedes estaban diciendo.
 –¡Cuéntenos una historia! –pidió la liebre de marzo.
 –¡Sí, hágalo, por favor! –insistió Alicia.
 –Y apresúrate, antes de que te duermas de nuevo –agregó el sombrerero.
 –Había una vez tres hermanitas –empezó diciendo con gran prisa el lirón–. Se llamaban Elsa, Lucía y Tila. Vivían en el fondo de un pozo...
 –¿De qué se alimentaban? –preguntó Alicia, que siempre se mostraba muy interesada por todo lo que se relacionara con comida o con bebida.
 –Del contenido del pozo...
 –Imposible, porque entonces se habrían enfermado –observó muy suavemente Alicia.
 –Así estaban –repuso el lirón–. Muy enfermas...
 Alicia estuvo durante un rato cavilando respecto a cómo podría ser esa forma tan extraña de vivir, pero se sintió tan desconcertada, que siguió preguntando:
 –¿Pero por qué vivían en el fondo de un pozo?
 –Toma un poco más de té –le propuso gentilmente la liebre de marzo.
 –No he tomado todavía una gota, así es que no sé cómo podría “tomar más” –repuso con tono ofendido la muchacha.
 –Deberías decir que no sabes cómo podrías “tomar menos” –corrigió el sombrerero–. Es más fácil tomar “más” que “nada”...

–Nadie le está pidiendo su opinión –declaró Alicia.
 –¿Quién está haciendo observaciones personales ahora? –preguntó triunfante el sombrerero.
 Alicia no supo qué responder a eso, así es que prefirió servirse un poco de té con pan y mantequilla. Luego, volviéndose al lirón, repitió la pregunta:
 –¿Cómo podían vivir en el fondo de un pozo?
 –Chito, chito... –susurraron al mismo tiempo la liebre y el sombrerero, con el objeto de hacer callar a Alicia.
 –Si no eres capaz de portarte como persona educada, es mejor que termines tú misma la historia.
 –No, siga usted, por favor –suplicó muy humildemente Alicia–. No le interrumpiré de nuevo. Es posible que exista un pozo en cuyo fondo se pueda vivir...
 –¡Naturalmente que hay! –exclamó el lirón indignado. Pero a pesar de su enojo, aceptó seguir con su relato–. Y las tres hermanitas estaban aprendiendo a dibujar, ¿saben?
 –Quiero otra taza de té –interrumpió el sombrerero–. Corrámonos un asiento más allá.
 Se trasladó mientras hablaba, y el lirón le siguió. La liebre de marzo se cambió al sitio donde estaba este, y Alicia, de malas ganas, tomó el sitio de la liebre. El sombrerero fue el único que obtuvo ventaja con el cambio. Alicia estaba en mucha peor condición que antes, porque la liebre había volcado el jarro de leche en su asiento.
 La muchacha no deseaba ofender al lirón de nuevo, así es que empezó a hablar con muchas precauciones:
 –Pero... no comprendo... ¿Cómo podían dibujar dentro del pozo?

—¿Por qué no iban a poder? ¿Acaso no es posible dibujar el agua en un pozo de agua...?

—Pero estaban dentro del pozo... —siguió observando Alicia, dirigiéndose al lirón.

Sin embargo, este pareció no dar importancia a la interrupción.

—Es claro que estaban... muy adentro en el pozo.

La respuesta desconcertó tanto a la pobre Alicia, que prefirió que el lirón siguiera hablando durante un rato sin interrumpirle.

—Estaban aprendiendo a dibujar —continuó diciendo el animal, mientras bostezaba y se refregaba los ojos, porque se sentía con mucho sueño—. ...Y dibujaban toda clase de cosas... Todo lo que empezara con R...

—¿Por qué con R? —preguntó Alicia.

—¿Y por qué no? —declaró la liebre de marzo.

La muchacha guardó silencio.

El lirón había cerrado los ojos y se entregaba definitivamente a su sueño; pero, debido a los pellizcos del sombrerero, despertó de nuevo. Se estremeció levemente y continuó:

—Todo lo que empiece con R... como rayo de luna, rata, recuerdo, redoble... ¿Supongo que sabrás lo que significa “redoble”? Algo que es mucho más que doble.

—Ahora que es realmente usted quién me pregunta a mí, no sé qué contestar —dijo Alicia cada vez más confundida—. No creo...

—Entonces no hables —le interrumpió el sombrerero. Semejante rudeza era superior a lo que Alicia podía

soportar. Se levantó muy disgustada y se alejó. El lirón se quedó dormido al instante y ninguno de los otros hizo la menor señal de que habían advertido su partida, aunque la muchacha miró hacia atrás una o dos veces, con la remota esperanza de que la llamaran de nuevo. Pero la última vez que les divisó, vio que estaban tratando de echar al lirón dentro de la tetera.

“¡Por ningún motivo volveré allí de nuevo! —se dijo Alicia, mientras tomaba su camino a través del bosque—. ¡Es el té más estúpido que yo haya visto en mi vida!”

En el preciso momento en que decía estas palabras advirtió que uno de los árboles tenía una puerta por donde se podía entrar.

“¡Esto es muy curioso! —pensó la muchacha—. ¡Pero, al fin y al cabo, todo lo que ha sucedido hoy ha sido curioso! Me parece que debo entrar inmediatamente”.

Así lo hizo.

Una vez más se encontró en la gran sala y cerca de la pequeña mesa de cristal.

“Esta vez haré las cosas mejor”, dijo para sus adentros, empezando por coger la llave de oro y abrir la puerta que conducía al jardín. En seguida se puso a mascar el hongo, del cual conservaba un pedazo en el bolsillo, hasta que tuvo unos treinta centímetros de altura. Atravesó el umbral y se encontró, por fin, en el precioso jardín lleno de brillantes flores y frescas fuentes.

El campo de croquet de la reina

Junto a la entrada del jardín se levantaba un enorme rosal, cuyas flores eran blancas. Sin embargo, en torno de ellas había tres jardineros que las pintaban, dejándolas rojas. Alicia encontró el asunto muy extraño y se acercó a observarlos. En ese preciso momento oyó que uno de ellos decía:

–¡Ten cuidado, Cinco! ¡No me salpiques con pintura en esa forma!

–No pude evitarlo –repuso el Cinco con tono molesto–. Además, el Siete levantó la vista y declaró:

–¡Muy bien, Cinco! ¡Siempre echándole la culpa a los demás!

—¡Es mejor que tú no hables! —repuso el Cinco—. Ayer no más le oí decir a la reina que merecías que te cortaran la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó el que había hablado primero.

—A ti no te importa, Dos —contestó el Siete.

—Sí, es claro que le importa —observó el Cinco—. Te lo diré. Fue porque llevó a la cocina un bulbo de tulipa en vez de cebolla.

El Siete disparó su pincel y protestó:

—¡Esa es la mayor de las injusticias!

Se interrumpió al divisar a Alicia que estaba junto a ellos observándoles. Todos se volvieron hacia la niña y le hicieron una reverencia.

—¿Podrían decirme ustedes —preguntó Alicia tímidamente— por qué están pintando esas rosas?

El Cinco y el Siete no dijeron nada, pero miraron al Dos. Este empezó a decir en voz baja:

—El hecho es, señorita, que este rosal debiera haber sido rojo, y nosotros, por equivocación, plantamos uno blanco. Si la reina llega a descubrirlo, nos cortarán la cabeza, ¿comprende? Por eso, señorita, estamos haciendo todo lo posible antes de que ella venga...

En ese momento el Cinco, que había estado mirando atentamente a través del jardín, gritó:

—¡La reina! ¡La reina!

Los tres jardineros se tiraron al suelo de bruces. Se sintió el ruido de muchas pisadas. Alicia miró a su alrededor, ansiosa de ver a la reina.

Primero aparecieron diez soldados, llevando tréboles.

Tenían la misma forma de los jardineros, es decir, cuadrada y plana; con las manos y los pies en los ángulos. En seguida vinieron diez cortesanos: estos estaban todos cubiertos de diamantes y caminaban de dos en dos, igual que los soldados. Después se vieron los niños reales. Eran diez, y los más pequeños venían corriendo alegremente, cogidos de la mano, de dos en dos. Estaban todos decorados con corazones. Después les seguían los invitados, en su mayor parte reyes y reinas, y, en medio del grupo, Alicia reconoció al conejo blanco. Hablaba en forma apresurada y nerviosa, sonriendo con cada palabra que decía. Pasó sin verla. Luego desfiló la Sota de Espadas, llevando la corona del rey sobre un cojín de terciopelo rojo. Y al fin de la enorme procesión venían EL REY Y LA REINA DE CORAZONES.

Alicia estaba dudosa respecto a si debería o no echarse al suelo de bruces como los tres jardineros, pero no recordaba haber oído hablar jamás que había que practicar semejante formalidad en las procesiones.

“Además —pensó—, ¿qué objeto tiene una procesión si la gente se tiende de bruces y no la ve?”

Se quedó de pie donde estaba y esperó.

Cuando la procesión llegó frente a Alicia, todos se detuvieron y la miraron. La reina preguntó severamente:

—¿Qué es esto?

Se dirigió al rey de corazones, quien se limitó a sonreír y a hacer una reverencia por toda respuesta.

—¡Idiota! —exclamó la reina, agitando la cabeza con impaciencia. Luego, volviéndose hacia Alicia, preguntó—:

¿Cómo te llamas, niña?

—Mi nombre es Alicia, para servir a Vuestra Majestad —dijo muy finamente la muchacha, pero agregó para sus adentros: “¡Si no son nada más que un paquete de cartas! ¿A qué temerles?”

—¿Y quiénes son estos? —volvió a preguntar la reina, señalando a los tres jardineros que estaban tendidos alrededor del rosal.

Ellos, como ustedes comprenderán, estaban tendidos de bruces y ocultaban la cara. Su espalda plana y rectangular mostraba un dibujo igual que las espaldas de todo el resto de las cartas, ya que pertenecían al mismo paquete de naipes. No se podía distinguir entonces si eran jardineros, o soldados, o cortesanos, o, simplemente, si solo eran tres niños.

—¿Cómo voy a saber yo? —contestó Alicia, sorprendida de su propio valor—. No es asunto que me incumba...

La reina se encendió de ira y, después de mirar fijamente a la muchacha por un momento, empezó a gritar como una bestia salvaje:

—¡Córtenle la cabeza! ¡Córtenle...!

—¡Tonterías! —exclamó Alicia, con voz fuerte y definida, que dejó silenciosa a la reina.

El rey puso una mano sobre su brazo y tímidamente dijo:

—¡Piensa, hijita, que se trata solo de una niña!

La reina se apartó indignada del lado del rey y, dirigiéndose a la Sota, ordenó:

—Dadlos vuelta.

La Sota lo hizo, muy cuidadosamente, con el pie.



–¡Levántense! –dijo la reina con voz chillona y potente.

Los tres jardineros se pusieron de pie de un salto y empezaron a hacer reverencias al rey, a la reina, a los niños reales y a todo el mundo.

–Basta ya –ordenó la reina–. Me marean.

Luego, volviéndose hacia el rosal, continuó diciendo:

–¿Qué han estado haciendo aquí?

–Si Su Majestad se digna... –contestó el Dos, con tono muy humilde, hincándose sobre una rodilla–. Tratábamos de...

–¡Ya lo veo! –le interrumpió la reina, que se había puesto a examinar las rosas–. ¡Que les corten la cabeza!

La procesión continuó, menos tres soldados, que se quedaron atrás para ejecutar a los infelices jardineros, quienes corrieron hacia Alicia en busca de protección.

–¡No les cortarán la cabeza! –dijo Alicia, colocándolos en una especie de macetero que había cerca.

Los tres soldados buscaron durante uno o dos minutos. Luego, tranquilamente, siguieron detrás de los demás.

–¿Les cortaron la cabeza? –gritó la reina.

–¡Sus cabezas están cortadas, Su Majestad! –gritaron también los soldados en respuesta.

–¡Perfectamente! –declaró la reina–. ¿Sabes jugar croquet?

Los soldados permanecieron silenciosos y miraron a Alicia, porque la pregunta estaba, evidentemente, dirigida a ella.

–Sí –contestó Alicia.

–¡Vamos, entonces! –rugió la reina.

Alicia se incorporó a la procesión, imaginando qué sucedería después.

–¡Qué día tan hermoso! –dijo una voz tímida a su lado. Era el conejo blanco, que le observaba ansiosamente el rostro.

–¡Muy hermoso! –contestó Alicia–. ¿Dónde está la duquesa?

–¡Chito! ¡Chito! –contestó con un susurro el conejo. Miró ansiosamente por sobre su hombro mientras hablaba. Luego, poniéndose en la punta de los pies, se acercó al oído de la pequeña y le dijo–: Está bajo sentencia de muerte.

–¿Por qué? –preguntó Alicia.

–¿Has dicho: “¡qué lástima!”? –preguntó el conejo.

–No, no dije eso –repuso Alicia–. No la creo digna de lástima. Pregunté por qué estaba condenada...

–Abofeteó a la reina en las orejas –empezó a decir el conejo.

Alicia dio un grito de risa.

–¡Chito! ¡Chito! –susurró el conejo con tono asustado–. ¡La reina puede oírte! Has de saber que llegó un poco atrasada y la reina dijo...

–Cada cual a su sitio –gritó la reina con voz de trueno.

La gente empezó a correr en todas direcciones, estrellándose unos contra otros. Sin embargo, al cabo de uno o dos minutos, estaban arreglados, y empezó el juego.

Alicia pensó que en su vida había visto una partida de croquet más curiosa. El suelo estaba lleno de surcos y de salientes. Las pelotas era puercos espines y los palos eran flamencos vivos. Los soldados tenían que doblarse y apoyarse sobre las manos para formar los arcos por debajo de los cuales debían pasar las bolas.

La dificultad mayor que Alicia encontró al principio estuvo en manejar su flamenco. Logró, por fin, apretarle el cuerpo, en forma bastante cómoda, debajo del brazo, dejando que las piernas del animal quedaran colgando. Pero cuando ya le había enderezado suficientemente el cuello e iba a usar la cabeza como mazo para dar el golpe al puerco espín, el flamenco se daba vuelta, doblando el cuello y mirándola fijamente con expresión de sorpresa que hacía imposible poder contener una carcajada. Apenas conseguía volver a ponerle la cabeza hacia abajo para empezar de nuevo, se sentía muy irritada al ver que su mazo se había enroscado de nuevo y se preparaba a emprender la marcha. Además, Alicia tropezaba generalmente con un surco o con una saliente en el sitio por donde quería lanzar el puerco espín. Por último, los soldados se enderezaban y caminaban hacia distintas partes del campo, con lo cual la muchacha llegó a la conclusión de que se trataba de un juego verdaderamente difícil.

Todos los jugadores jugaban al mismo tiempo, sin esperar su turno. Se peleaban todo el tiempo y discutían por los mazos y por los puercos espines. Al cabo de poco rato, la reina, poseída de una rabia incontenible, empezó a gritar: —¡Que les corten las cabezas! ¡Que les corten las cabezas! La frase la repetía a cada instante.

Alicia empezó a sentirse muy molesta. En realidad, hasta ese momento, no había tenido el menor disgusto con la reina, pero sabía que podían empezar a discutir en cualquier minuto.

“¿Y entonces qué será de mí? —pensó—. Aquí son terri-

blemente aficionados a cortarle la cabeza a la gente. ¡Lo raro sería que alguien quedara vivo!”

Miraba a su alrededor, buscando algún modo de escapar, y preguntándose en qué forma podría huir sin que la vieran, cuando advirtió una curiosa aparición en el aire. La sorprendió mucho al principio, pero, después de observar durante uno o dos minutos, descubrió que se trataba de una sonrisa y se dijo para sus adentros:

“Es el gato de Cheshire. Ahora ya tengo a alguien con quien hablar”.

—¿Cómo te está yendo? —preguntó el animal, cuando su boca estuvo lo bastante cerca para hablar.

Alicia esperó hasta que aparecieron también los ojos, y luego se dijo:

“¡Es inútil decirle nada hasta que no aparezcan las orejas, o al menos una de ellas!”

Al cabo de otro minuto, apareció toda la cabeza del gato. Alicia dejó entonces su flamenco y empezó a hacer un relato del juego, sintiéndose muy contenta de que hubiera alguien que la escuchara. El gato pareció considerar que ya tenía lo suficiente a la vista, así es que no siguió apareciendo nada más.

—No creo que jueguen en absoluto correctamente —empezó a decir Alicia con tono quejumbroso—. Además, todos pelean en forma tan terrible, que nadie se puede oír siquiera a sí mismo. Tampoco parecen tener ninguna clase de reglamentos en particular; y, al menos, si los tienen, nadie los obedece. Es imposible decir todo lo desconcertante que es esto, fuera de que todas las cosas son vivas, de manera

que de repente se marchan al otro extremo del campo. ¡Yo le habría pegado al puerco espín de la reina, si no hubiese sido que se lanzó a correr cuando vio que me aproximaba!

—¿Y te gusta la reina? —preguntó el gato en voz baja.

—En absoluto. Es en extremo...

En ese momento advirtió que la reina estaba muy cerca de ella escuchándola. Así es que siguió la frase diciendo:

—...es en extremo buena para ganar, tanto que casi no vale la pena esperar el final de la partida.

La reina sonrió y siguió su camino.

—¿Con quién estás hablando? —preguntó el rey, acercándose a Alicia y mirando la cabeza del gato con gran curiosidad.

—Con un amigo mío: el gato de Cheshire. Me permite usted que los presente...

—No me gusta nada su mirada —repuso el rey—. Sin embargo, puede besar mi mano, si lo desea.

—Prefiero no hacerlo —contestó el gato.

—No sea impertinente —dijo el rey—, y no me mire de esa manera.

Se instaló detrás de Alicia, mientras hablaba.

—Un gato puede mirar al rey —observó Alicia—. Lo he leído en algún libro, pero no recuerdo dónde.

—Es preciso hacerlo retirarse —dijo el rey muy decididamente. Luego, dirigiéndose a la reina que pasaba por allí en ese momento, continuó—: Desearía, querida mía, que se sacara de aquí este gato.

La reina solo tenía una forma de solucionar las dificultades grandes o pequeñas.

—¡Córtenle la cabeza! —ordenó, sin siquiera mirar a su alrededor.

—Yo mismo traeré al verdugo —contestó el rey rápidamente, y se fue corriendo.

Alicia pensó que sería mejor volverse e ir a ver cómo seguía el desarrollo del juego. En ese momento oyó, a la distancia, la voz de la reina que gritaba furiosamente. Ya había oído ordenar que tres jugadores fueran ejecutados por haber perdido su turno, y a la muchacha no le gustaba en absoluto el aspecto que estaban tomando las cosas, ya que el juego estaba en tal estado de confusión, que nunca se podía saber cuándo llegaba el turno de alguien. Se dirigió en busca de su mazo.

El puerco espín estaba trabado en una pelea con otro puerco espín, lo que le pareció a Alicia una excelente oportunidad para darle un golpe; la única dificultad estaba en que su flamenco se había marchado al otro lado del jardín, donde Alicia vio que trataba en vano de volar arriba de un árbol.

Mientras la muchacha iba en busca de su flamenco y volvía con él, la pelea había terminado y ambos puercos espines se habían perdido de vista.

“No importa mucho —pensó Alicia—, ya que los arcos también se han marchado de este lado del campo”.

Apretando entonces al flamenco debajo del brazo para que no se arrancara de nuevo, fue a conversar otro poco con su amigo.

Cuando volvió adonde estaba el gato de Cheshire, tuvo la sorpresa de ver que había un enorme grupo de gente que

le rodeaba. Se oía una discusión entre el verdugo, el rey y la reina. Los tres hablaban al mismo tiempo, mientras que todos los demás guardaban silencio y miraban con aire bastante molesto.

Cuando apareció Alicia, los tres la llamaron para que resolviera la cuestión, y repitieron los argumentos que tenía cada uno, pero como todos hablaban al mismo tiempo, encontró muy difícil de entender lo que decían.

La razón del verdugo era que no se podía cortar la cabeza a menos que estuviera unida con el cuerpo; que él no había hecho semejante cosa antes y que no pensaba hacerlo ahora tampoco.

El rey alegaba que a cualquier cosa que tuviera cabeza se le podía cortar esta, y que todo lo demás era una necedad.

La reina, por su parte, sostenía que si su orden no se cumplía inmediatamente, haría que cortaran la cabeza de todo el mundo.

Esta última sentencia era la que había puesto a todos los concurrentes muy graves y ansiosos.

Alicia no pudo encontrar qué decir fuera de:

—Este asunto le incumbe a la duquesa. Mejor es que lo consulten con ella.

—Está en la cárcel —dijo la reina al verdugo—. Tráela aquí.

El verdugo partió como una flecha.

La cabeza del gato empezó a desvanecerse en ese momento. Cuando volvieron con la duquesa, ya había desaparecido completamente, así es que el rey y el verdugo empezaron a correr desatinadamente de un lado a otro buscándole, mientras que el resto de la gente fue a continuar la partida.

La historia de la tortuga falsificada

—¡N^o sabes lo contenta que me siento de volver a verte, mi vieja amiga! —dijo cariñosamente la duquesa, cogiendo a Alicia del brazo y yéndose a pasear con ella.

Alicia también se sintió muy complacida al encontrar a la señora en un estado de ánimo tan placentero, y pensó que tal vez aquella furia que había demostrado estando en la cocina se debía solo a la pimienta.

“Cuando sea una duquesa —se dijo (aunque sin tener muchas esperanzas)—, no usaré pimienta en la cocina. Al fin y al cabo, la sopa resulta sabrosa sin ella... Es posible que siempre sea la pimienta la causa del mal carácter de las personas —prosiguió cavilando, muy satisfecha de haber

hecho semejante descubrimiento—, como, asimismo, el vinagre debe ser lo que pone agrio el humor, el azúcar lo que lo endulza y el ají lo que lo sulfura... Me gustaría que todo el mundo supiera esto, porque entonces no tendrían tanta afición a ciertos alimentos...”

Mientras tanto, se había olvidado completamente de la duquesa, y se sorprendió cuando oyó de nuevo su voz que hablaba muy cerca de su oído:

—Tú estás pensando en algo, hijita mía, y eso hace que te olvides de hablar... No te puedo decir la moraleja que se puede desprender de eso en este momento, pero la recordaré poco a poco.

—Es posible que no tenga ninguna moraleja —se aventuró a observar Alicia.

—¡Chito, chito, niña! —exclamó la duquesa—. Todas las cosas envuelven una enseñanza y es cuestión solo de encontrarla.

Mientras decía eso se apretó más contra Alicia.

La muchacha no se encontraba muy contenta al sentir a la duquesa tan cerca de ella; en primer lugar, porque la señora era demasiado fea y, en segundo, porque su tamaño le permitía alcanzar con la barbilla el hombro de Alicia, y en realidad, la tal barbilla era bastante afilada. Sin embargo, la muchacha no quería pecar de mala educación, así es que la soportó lo mejor que pudo.

—El juego marcha ahora un poco mejor —dijo, con el objeto de iniciar un poco de conversación.

—¿Ah, sí? —respondió la duquesa—. La moraleja de eso es: “¡El amor es lo que hace marchar el mundo!”

—Alguien dijo —murmuró Alicia— que los que hacen marchar el mundo son las personas que se preocupan de sus propios asuntos y no de los asuntos de los demás.

—Muy bien. Eso significa más o menos la misma cosa —contestó la duquesa, hundiendo de nuevo su puntiaguda barbilla en el hombro de Alicia, mientras agregaba—: ¡Cuida del sentido de las cosas, porque, entonces, las palabras con que lo expreses se cuidarán solas!

“¡Qué aficionada es a encontrarle la moraleja a todo!”, pensó Alicia.

—Se me ocurre que piensas por qué yo no pongo mi brazo alrededor de tu cintura —dijo la duquesa, después de una pausa—. La razón está en que me siento muy dudosa respecto al carácter de tu flamenco. ¿Quieres que haga la prueba?

—Puede picarla —contestó prudentemente Alicia, sin sentir en absoluto el deseo de que ella tratara de hacer semejante cosa.

—Es verdad —aprobó la duquesa—. Los flamencos pican como la mostaza. Y la moraleja de eso es: “Dime con quién andas y te diré quién eres”.

—Solo que la mostaza no es un pájaro —observó Alicia.

—Tienes razón, como de costumbre —respondió la duquesa, que parecía estar pronta a aceptar todo lo que Alicia dijera—. Cerca de aquí hay una gran mina de mostaza. La moraleja de esto es: “Mientras más grande sea una mina, menos te pertenecerá a ti sola”.

—No sé —contestó la muchacha, que no había prestado atención a las últimas palabras—. Pero la mostaza es un vegetal: no lo parece, pero es así.

–Estoy muy de acuerdo contigo, y la moraleja de eso es: “Sé lo que aparentas ser”. O, si quieres expresar lo mismo con palabras más sencillas, se puede decir: “Nunca imagines que eres distinta a como apareces frente a los ojos de los demás, ya que lo que fueras o hubieras sido no será nada más que lo que fuiste”.

–Creo que entendería mejor eso si pudiera escribirlo –contestó muy cortésmente Alicia–. Pero no puedo seguir exactamente el significado de sus palabras.

–Eso no es nada comparado con lo que podría decir si pensara un poco –declaró muy complacida la duquesa.

–Por favor, no se moleste en repetir cada cosa con otras palabras.

–No, no estoy diciendo que eso me moleste –repuso la duquesa–. ¡Te regalo todo lo que he dicho hasta ahora!

“¡Qué regalos tan económicos! –pensó Alicia–. Me alegro de que para el día de mi cumpleaños no me hagan obsequios así...”

Pero claro que no se atrevió a repetir su pensamiento en voz alta.

–¿Pensando de nuevo? –le preguntó la duquesa, volviendo a enterrarle en el hombro su aguda barbilla.

–Tengo derecho a pensar –contestó Alicia con brusquedad, porque estaba empezando a sentirse un poco molesta.

–Más o menos tanto derecho como el que tienen los cerdos a volar; y la moral...

Pero aquí, para gran sorpresa de Alicia, la voz de la duquesa se extinguió en medio de su palabra favorita, y el brazo que tenía enlazado al suyo empezó a temblar. Alicia

miró hacia arriba y vio a la reina frente a ellas, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, anunciando tempestad.

–¡Qué hermoso día, Majestad! –dijo la duquesa con voz baja y débil.

–Te haré una noble advertencia –gritó la reina, golpeando el suelo con el pie mientras hablaba–. Voy a hacerte desaparecer a ti o tu cabeza en un abrir y cerrar de ojos. ¡Elige cuál de las dos cosas prefieres!

La duquesa hizo su elección y desapareció en un segundo.

–Sigamos con el juego –dijo la reina a Alicia.

La muchacha estaba demasiado asustada como para contestar una palabra y siguió tras la reina hacia el campo de croquet.

Los otros huéspedes habían aprovechado la ausencia de la reina y descansaban a la sombra. Pero tan pronto como la vieron, corrieron al juego. La reina se limitó a advertirles que un momento de retraso les costaría la vida.

Durante todo el juego, la reina no dejó un instante de pelear con los otros jugadores y de gritar:

–¡Córtenle la cabeza! ¡Córtenle la cabeza!

Aquellos que habían sido sentenciados eran puestos bajo la custodia de los soldados, quienes, naturalmente, tenían que dejar de ser arcos para hacer esto, así es que después de media hora, o algo así, no quedaba ni un solo arco, y todos los jugadores, excepto el rey, la reina y Alicia, estaban condenados a muerte.

La reina les abandonó casi sin aliento, y dijo a Alicia:

–¿No has visto todavía la tortuga falsificada?

–No, ni siquiera sé lo que es una tortuga falsificada.

—Es aquello con que se hace la sopa de tortuga falsificada —respondió la reina.

—Nunca la he visto ni he oído hablar de ella —declaró Alicia.

—Vamos, entonces. Te contaré su historia.

Mientras caminaban juntas, Alicia oyó que el rey decía en voz baja a la compañía en general:

—¡Están todos perdonados!

“¡Ha hecho una buena acción!”, se dijo Alicia, que estaba bastante apenada ante el número de ejecuciones ordenadas por la reina.

Muy pronto llegaron a presencia del grifo, que se encontraba dormido al sol (si no saben lo que es un grifo, está bien que contemplen su retrato).

—¡Levántate, perezoso! —le gritó la reina—. Lleva a esta señorita donde está la tortuga falsificada para que oiga su historia. Yo debo regresar para vigilar algunas ejecuciones que he ordenado.

Terminando de decir esto, se marchó, dejando a Alicia sola con el grifo. A la muchacha no le gustó la mirada de la criatura, pero después de todo pensó que tan seguro era quedarse con él como seguir con la feroz reina, y se decidió a esperar.

El grifo se sentó y se restregó los ojos; luego miró a la reina hasta que se perdió de vista. Por fin, empezó a hablar para sí mismo:

—¡Qué divertido! ¡Qué divertido!

—No veo dónde está lo divertido —dijo Alicia.

—En lo que “ella” dijo —contestó el grifo—. Todas son fantasías. Nunca ejecuta a nadie, ¿sabes? ¡Vamos!



“Todo el mundo dice vamos –pensó la muchacha, mientras seguía lentamente detrás del animal–. ¡Jamás en mi vida me habían mandado tanto!”

No habían andado mucho cuando se encontraron con la tortuga falsificada, que estaba sentada a la distancia, con aspecto muy triste y solitario, a la orilla de una roca. A medida que se acercaban, Alicia oyó que suspiraba profundamente, como si se le destrozara el corazón. No pudo dejar de sentir lástima por el animal.

–¿Por qué está tan triste? –preguntó la muchacha al grifo.

Este le contestó, muy cerca del oído:

–¡Todas son fantasías! No siente pena alguna. ¡Vamos!

Se dirigieron entonces hacia la tortuga falsificada y vieron que tenía sus grandes ojos llenos de lágrimas, pero no dijo una palabra.

–Esta señorita quiere conocer tu historia –le dijo el grifo.

–Se la contaré –contestó la tortuga, con acento profundo y desgarrador–. Siéntense los dos y no hablen una palabra hasta que yo haya terminado.

Se sentaron y guardaron silencio durante algunos minutos.

“No sé cómo va a terminar, cuando nunca empieza”, pensó Alicia para sus adentros.

Sin embargo, esperó pacientemente.

–Una vez –dijo la tortuga falsificada, dando un gran suspiro– yo fui una tortuga verdadera.

Estas palabras fueron seguidas por un silencio muy grande, roto solo por una exclamación, como ronquido, del grifo, y por el constante sollozar de la tortuga falsificada. Alicia estaba a punto de levantarse y decir:

“Gracias, señora, por su interesante historia”.

Pero como pensó que algo más tenía que haber, permaneció sentada y silenciosa.

–Cuando éramos pequeños... –continuó diciendo, por fin, la tortuga, algo más calmada, aunque sollozando un poco de cuando en cuando–, íbamos a la escuela en el mar. La maestra era una vieja tortuga. Acostumbrábamos a llamarla “tortugona”.

–¿Y por qué le decían así? –preguntó Alicia.

–Porque era nuestra profesora... ¡Veo que eres bastante torpe!

–Debieras sentirte avergonzada de hacer preguntas tan necias –agregó el grifo.

Luego ambos se sentaron silenciosos y miraron a la pobre Alicia, quien deseaba que se la tragase la tierra. Finalmente, el grifo fijó a la tortuga falsificada:

–¡Continúa, vieja! Vamos a echar todo el día en esto...

La tortuga siguió su relato:

–Sí, íbamos a la escuela en el mar, aunque no lo crean...

–Nunca he dicho que no lo creemos –interrumpió Alicia.

–Sí dijiste –contestó la tortuga falsificada.

–Sujeta tu lengua –agregó el grifo, antes de que la muchacha pudiese hablar de nuevo. La tortuga falsificada siguió diciendo:

–Teníamos la mejor de las educaciones... Desde luego que íbamos a la escuela todos los días...

–Yo también iba a la escuela todos los días –declaró Alicia–. No tienes por qué sentirte tan orgullosa de eso.

–¿Con cursos extraordinarios? –preguntó ansiosamente la tortuga falsificada.

–Sí. Aprendíamos francés y música.
 –¿Aprendían a lavar?
 –Por cierto que no –repuso Alicia indignada.
 –Entonces no era una escuela realmente buena–contestó la tortuga, con tono de gran alivio–. En la escuela nuestra se anotaba al final de la cuenta: francés, música y lavado, extra.
 –No creo que les hiciera mucha falta viviendo en el fondo del mar.
 –Yo no tenía dinero como pagar eso –declaró la tortuga falsificada con un suspiro–. Solo tomaba el curso regular.
 –¿En qué consistía? –preguntó Alicia.
 –Dar vueltas y hacer contorsiones, naturalmente, para empezar –replicó la tortuga falsificada–. Y luego venían los diferentes ramos de la aritmética: ambición, distracción, afeamiento e irrisión...
 –Nunca había oído hablar de “afeamiento” –se atrevió a observar Alicia–. ¿Qué es?
 El grifo levantó sus dos garras en señal de sorpresa:
 –¡Nunca has oído hablar de “afeamiento”! –exclamó–. ¿Supongo que sabrás lo que es hermostear?
 –Sí –dijo Alicia, dudosa–. Significa hacer que una cosa sea... más bonita.
 –Bueno, entonces –siguió diciendo el grifo–, si no sabes lo que significa afear quiere decir que eres una “simplona”.
 Con esto, la muchacha no se sintió alentada para hacer nuevas preguntas sobre el asunto, así es que, volviéndose hacia la tortuga falsificada, dijo:
 –¿Qué otra cosa tenías que aprender?

–También estaba el estudio del misterio –repuso la tortuga falsificada, como sacando las ideas de debajo de sus aletas–. Sí, misterio antiguo y moderno. Luego, pronunciación... El maestro de pronunciación era un viejo congrio que acostumbraba ir a la escuela una vez a la semana. Nos enseñaba mascullamiento y desmayo, también volteretas...
 –¿Cómo era eso? –preguntó Alicia.
 –No te lo puedo mostrar personalmente –contestó la tortuga falsificada–. Yo soy demasiado rígida y el grifo jamás aprendió esto.
 –No tuve tiempo –declaró el grifo–. Sin embargo, fui a las clases del maestro clásico. Era un cangrejo viejo.
 –Nunca fui a sus lecciones –observó la tortuga falsa con un suspiro–. Enseñaba la risa y la pena, según decían.
 –Así era, así era –afirmó el grifo, suspirando a su turno. Ambos animales se taparon la cara con las garras.
 –¿Y cuántas horas tenías al día de lección? –preguntó Alicia, apresurándose a cambiar de tema.
 –Diez horas el primer día –contestó la tortuga falsa–. Nueve al día siguiente, y así...
 –¡Qué programa de estudio tan curioso! –exclamó Alicia. Es por eso que se llaman lecciones graduales –anotó el grifo–: iban disminuyendo de día en día.
 Esta idea resultaba nueva para Alicia, y reflexionó unos instantes antes de responder:
 –¿Quieres decir entonces que el undécimo día era de vacaciones?
 –Por cierto que lo era –repuso la tortuga falsificada.

—¿Y cómo se las arreglaban en el duodécimo?

—Ya hemos hablado bastante de lecciones —interrumpió el grifo con tono muy decidido—. Cuéntale ahora algo de juegos.

La cuadrilla de la langosta

La tortuga falsificada suspiró profundamente y se pasó una de sus aletas por los ojos. Miró a Alicia y trató de hablar, pero durante uno o dos minutos la ahogaban los sollozos.

—Igual que si tuviera un hueso atravesado en la garganta —dijo el grifo, sacudiendo al animal y golpeándole en la espalda.

Finalmente, la tortuga falsificada recobró la voz y continuó diciendo, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas:

—¿No has vivido mucho tiempo debajo del mar? —preguntó a Alicia.

—Claro que no he vivido nunca —repuso la muchacha.

—Entonces no te han presentado a ninguna langosta...

—Una vez probé... —pero en el acto se interrumpió, rectificándose—: No, nunca...

—Quiere decir entonces que no tienes idea de lo maravilloso que es una cuadrilla de langostas.

—No, claro que no sé —respondió Alicia—. ¿Cómo es ese baile?

—Se empieza haciendo primero una larga fila a lo largo de la playa... —dijo el grifo.

—¡Dos líneas! —le interrumpió la tortuga—. Se alinean las focas, las tortugas, los salmones, etc. Luego, cuando ya se han quitado del camino todas las medusas... lo que generalmente demora algún tiempo... se avanza dos veces...

—¡Llevando cada uno una langosta de compañera! —gritó el grifo.

—Por cierto —confirmó la tortuga falsificada—. Avanza dos pasos cada pareja...

—En seguida se cambian las langostas y todos vuelven a su sitio en el mismo orden —continuó el grifo.

—Entonces, ¿comprendes?, se lanzan...

—¡Las langostas! —volvió a interrumpir el grifo, haciendo una voltereta.

—...se lanzan al mar todo lo más lejos que se pueda...

—¡Se nada tras ellas! —gritó el grifo.

—¡Luego se da un salto mortal en el mar! —gritó la tortuga falsificada, moviéndose entusiasmada para uno y otro lado.

—¡Se vuelve a cambiar de langosta! —chilló el grifo con toda la fuerza de su voz.

—Y otra vez se regresa a tierra, para volver a empezar con la primera figura —terminó la tortuga falsificada, con voz desfalleciente.

Las dos criaturas, que habían estado dando vueltas y

saltando como locas, se sentaron muy triste y tranquilamente, mirando a Alicia.

—¡Debe ser una danza muy bonita! —observó la muchacha tímidamente.

—¿Te gustaría ver una parte de ella? —preguntó la tortuga falsificada.

—¡Me encantaría! —contestó Alicia.

—¡Vamos, ensayemos la primera figura! —propuso la tortuga falsa al grifo—. Podemos hacerlo sin las langostas, ¿comprendes? ¿Quién cantará?

—Canta tú —repuso el grifo—. Yo me he olvidado de la letra.

Entonces empezaron solemnemente a bailar y a bailar, dándose vueltas en torno de Alicia, pisándola de vez en cuando al pasar demasiado cerca, y moviendo las garras para marcar el compás, mientras que la tortuga falsificada cantaba con voz suave y triste:

*Anda más ligero —dijo la merluza al caracol,
viene un delfín tras de mí, y ya la cola me alcanza.
Mira qué de prisa corren las tortugas y langostas.
Nos esperan en las costas.*

¿Quieres entrar en la danza?

¿Quieres o no quieres, quieres o no quieres entrar en la danza?

¿Quieres o no quieres, quieres o no quieres entrar en la danza?

*No tienes idea tú de lo delicioso que es
ir por los mares saltando, y siempre avanza que avanza.*

Pero el caracol le dijo: —¿Cómo quieres que te siga?

*Mil gracias, merluza amiga,
no quiero entrar en la danza.*

No quiero, no puedo; no quiero, no puedo entrar en la danza.

No quiero, no puedo; no quiero, no puedo entrar en la danza.

—¿Qué te importa la distancia? —dijo amable la merluza.

Hay unas playas hermosas, allá enfrente, en lontananza.

Si de Inglaterra te alejas, te vas a Francia acercando.

Ánimo y vamos andando.

Entra a bailar en la danza.

¿Quieres o no quieres, quieres o no quieres entrar en la danza?

¿Quieres o no quieres, quieres o no quieres entrar en la danza?

—Gracias, muchas gracias. Resulta muy interesante mirar la danza —dijo Alicia, sintiéndose muy contenta de que ya hubiera terminado—. ¡Me encantó la curiosa canción sobre la merluza!

—Con respecto a las merluzas, supongo que tú las conoces.

—Sí —dijo Alicia—, las he visto muy a menudo a la hora de comi...

Pero se abstuvo de terminar la palabra “comida”.

—No sé lo que has querido decir con “comi...” —repuso la tortuga falsificada—. Pero si las has visto a menudo, supongo que sabrás cómo son.

—Así creo —repuso Alicia, pensativa—. Tienen la cola

metida adentro de la boca y están cubiertas con migas de pan tostado.

—Te equivocas con respecto a las migas de pan —contestó la tortuga falsificada—. Las migas se lavan y desaparecen con el agua de mar. ¡Pero tienen la cola en la boca porque...

—Aquí la tortuga falsificada bostezó y cerró los ojos...— Dile el motivo y todo los demás... —agregó, dirigiéndose al grifo.

—La razón está —contestó el aludido— en que se muerden la cola, porque debieran acompañar a las langostas en la danza. Son lanzadas al mar... Caen a mucha distancia... Entonces se ponen rápidamente la cola dentro de la boca y luego no se la pueden sacar. ¡Eso es todo!

—Gracias —repuso Alicia, sin entender una palabra—. ¡Es muy interesante! ¡Yo no sabía todas esas cosas de las merluzas!

—Te podría contar mucho más, si quieres —propuso el grifo—. ¿Sabes por qué se llaman merluzas?

—Jamás se me ha ocurrido pensarlo —contestó Alicia—. ¿Por qué?

—Por lo que se refiere a las botas y a los zapatos —contestó muy solemnemente el grifo.

Alicia estaba cada vez más desconcertada.

—¿Qué tienen que ver las botas y los zapatos? —preguntó con tono de admiración.

—¿De qué están hechos tus zapatos? Quiero decir, ¿por qué se ven brillantes?

La muchacha miró sus propios zapatos y reflexionó unos instantes antes de responder:

—Se me ocurre que están hechos de cuero negro.

–Los zapatos que se usan en el fondo del mar se limpian con luz, la luz de mer-luz-a, ¿comprendes?

–¿Y de qué los hacen? –preguntó Alicia con gran curiosidad.

–Con suelas de lenguado y cordones de anguila –repuso el grifo con impaciencia–. Cualquiera cangrejo pequeño podría informarte sobre eso.

–Si yo hubiese sido la merluza –dijo Alicia, que seguía pensando en la canción–, le habría dicho al delfín: “Ándate, por favor. No queremos que vayas con nosotros”.

–Estaban obligados a admitirlo como compañero –contestó la falsa tortuga–. No hay un pez prudente que no vaya con un delfín a todas partes.

–¿Realmente? –preguntó Alicia muy sorprendida.

–Naturalmente. Siempre que un pez me propone un viaje, la primera pregunta que hago es: “¿Con qué delfín voy?”

–¿No querrás decir más bien: “¿Con qué fin?”

El grifo volvió a interrumpirle, diciendo:

–Vamos, cuéntenos algunas otras de tus aventuras.

–Podría contarles mis aventuras, empezando con la de esta mañana –declaró tímidamente Alicia–. Pero no tendría objeto que hablara de ayer, porque entonces yo era una persona distinta.

–Explícanos todo eso –dijo la tortuga falsificada.

–No, no, las aventuras primero –gritó el grifo con tono impaciente–. Las explicaciones ocupan mucho tiempo.

Entonces Alicia empezó a contarles sus aventuras desde el momento en que vio por primera vez al conejo

blanco. Al principio se sentía un poco nerviosa, porque las dos criaturas se le aproximaron terriblemente cerca, una a cada lado, y abrían tanto los ojos y la boca, que daba miedo. Pero Alicia se armó de valor y continuó. Su auditorio permaneció perfectamente silencioso y quieto, hasta que ella llegó a la parte en que repetía: “Eres viejo, padre Guillermo”. En ese momento, la tortuga falsa, dando un gran suspiro, dijo:

–¡Eso es muy curioso!

–Es todo lo más curioso que puede ser –comentó el grifo.

–¡Y tan diferente! –agregó tristemente la tortuga falsificada–. Me gustaría tratar de repetir un trozo. Dile que lo repita –dijo, dirigiéndose al grifo esta vez, como si el animal tuviera alguna autoridad sobre Alicia.

–Levántate y repite: “La cigarra, habiendo cantado...” –ordenó el grifo.

“¡Qué manera de mandarse unas a otras estas criaturas y cómo hacen que una repita las lecciones! –pensó Alicia. Me vuelvo a sentir en el colegio de nuevo”.

Sin embargo, se puso de pie y empezó a recitar lo que le pedían. Pero tenía la cabeza llena con las palabras de la canción de la cuadrilla de las langostas, así es que apenas se daba cuenta de lo que estaba diciendo. Las palabras que salían de sus labios eran, ciertamente, muy extrañas.

Y la voz de la langosta decía con desconsuelo:

–Me han cocido demasiado; quiero azúcar en el pelo. Igual que un pato, con toda su nariz y sus pestañas, se abrocha su cinturón y anda siempre con mil mañas.



–Eso es muy diferente a lo que yo acostumbraba a decir cuando era niño –comentó el grifo.

–Jamás lo había oído antes –agregó la tortuga falsificada–. Pero parece una vulgaridad, un disparate.

Alicia no contestó nada. Se había sentado de nuevo con la cara escondida entre las manos, pensando qué podría sucederle, si volviese de nuevo a su estado natural.

–Me gustaría que me explicaras –observó entonces la tortuga falsificada.

–No puede explicarlo –dijo apresuradamente el grifo–. Sigue con el verso siguiente.

–¿Pero eso que dice de los ojos y de las narices?

–Es la primera postura de la danza –contestó Alicia.

Sin embargo, todo el asunto la tenía bastante desconcertada, y deseaba cambiar de tema de conversación.

–Sigue con el próximo verso –insistió impaciente el grifo–. Empieza: “Yo pasé por su jardín”.

*–Yo pasé por su jardín y vi de una sola ojeada
a un búho y una langosta comiéndose la empanada.*

–¿Qué objeto tiene repetir todas esas necesidades? –interrumpió la tortuga falsificada–. ¿Para qué sigues si no puedes explicar nada? Es el asunto más confuso que yo haya oído en mi vida.

–Creo que es mejor que lo dejes –dijo el grifo a la muchacha, que se sintió muy contenta de terminar con eso.

–¿Ensayamos otra figura de la cuadrilla de la langosta? –volvió a proponer el grifo–. ¿O prefieres que la tortuga falsificada te cante una canción?

—Una canción, por favor, si fuese usted tan amable—dijo Alicia a la tortuga falsificada.

Alicia hizo su ruego con tal vehemencia, que el grifo, algo molesto, gruñó:

—Humm... ¡Sobre gustos no hay nada escrito! ¿Quieres cantarle “La sopa de tortuga”, vieja?

La tortuga falsificada suspiró profundamente y empezó, con una voz entrecortada por los sollozos, a cantar lo siguiente:

*—Verde y rica en la sopera
la sopa de tortuga espera.
Ante ese guiso, ¿quién pide otra cosa?
¡Sopa nocturna, fina y sabrosa!
¡Sopa nocturna, riquísima sopa!*

*¡Ri-quí-si-ma so-pa!
¡Ri-quí-si-ma so-pa!
¡So-pa noc-tur-na,
rica, riquísima sopa!*

*¡Rica sopa! No hay pescado,
frutas, guisos ni bocado,
pero ¿qué importa esa tropa
frente a la estupenda sopa?*

*Venga un centavo de esta rica sopa.
¡ri-ca, ri-ca sopa!
¡ri-quí-si-ma so-pa!*

¡so-pa noc-tur-na!

¡ri-ca, ri-ca sopa!

—¡Que se repita el coro!—gritó el grifo, y apenas la tortuga falsificada empezaba a repetirlo, cuando se oyó un grito:

—¡Va a comenzar la vista del proceso!

—¡Vamos!—exclamó el grifo.

Y, cogiendo a Alicia de la mano, salió apresuradamente, sin esperar el final de la canción.

—¿Qué proceso es ese?—tartamudeó Alicia, mientras corría.

Pero el grifo se limitó a responder:

—¡Vamos, vamos!

Y siguieron corriendo cada vez más ligero. De lejos, la brisa les traía desmayadamente estas melancólicas palabras.

¡So-pa nocturna!

¡rica, rica sopa!

¿Quién robó las tortas?

El rey y la reina de corazones estaban sentados en su trono cuando llegaron, y tenían una gran multitud apretujada en torno a ellos. Esta muchedumbre se componía de toda clase de pequeños pájaros y animales, como, asimismo, de todo el paquete de cartas. La Sota estaba al frente, toda cargada de cadenas, teniendo a un soldado a cada lado para custodiarla. Junto al rey estaba el conejo blanco, con una trompeta en una mano y un rollo de pergamino en la otra. En la mitad de la sala de la corte estaba instalada una mesa con una enorme fuente llena de tortas. Tenían un aspecto tan apetitoso, que Alicia sintió hambre solo con mirarlas.

“¡Ojalá ya se hubiese terminado el proceso y sirvieran refrescos!”, pensó.

Pero el fin se veía muy lejos, así es que la muchacha se puso a mirar a su alrededor buscando la manera de entretenerse.

Alicia no había estado nunca antes en una corte de justicia, pero había leído sobre eso en los libros, y se sintió muy complacida al ver que sabía los nombres de casi todas las cosas que se veían allí.

“Ese es el juez –se dijo. Lo distingo por su gran peluca”.

El juez, para decir verdad, era el propio rey y llevaba su corona encima de la peluca. No parecía que esto fuera en absoluto cómodo y, en todo caso, no tenía nada de sentador.

“Ese tiene que ser el palco del jurado –pensó Alicia–, y esas doce criaturas (se veía obligada a llamarlas “criaturas”, porque algunos eran pájaros y otros eran animales) me imagino que son los miembros del jurado”.

Estas últimas palabras las repitió interiormente dos o tres veces, sintiéndose bastante orgullosa con ello, porque, según pensó con toda razón, eran muy pocas las pequeñas de su edad que sabían el significado de todo esto.

Los doce miembros del jurado estaban muy preocupados escribiendo en sus pizarras.

–¿Qué hacen? –susurró Alicia al grifo–. Todavía no pueden escribir nada hasta que empiece el juicio.

–Están anotando sus nombres –repuso el grifo–. Temen olvidarlos antes de que se haya terminado el proceso.

–¿Qué criaturas tan necias! –exclamó en voz alta, indignada, pero se detuvo rápidamente al ver que el conejo gritaba:

–¡Silencio en la sala!

El rey se caló los anteojos y miró a su alrededor para ver quién hablaba.

Alicia pudo divisar, mirando por encima del hombro, que los jurados escribían: “gente necia, necia”, y hasta pudo advertir que uno de ellos ni siquiera sabía la ortografía de las palabras y tuvo que pedir ayuda a su vecino.

“¡Lindo mamarracho serán sus pizarras antes de que haya terminado el juicio!”, pensó la muchacha.

Uno de los jurados tenía un lápiz que rechinaba. Esto, naturalmente, resultaba insoportable para Alicia. Se las arregló para quedar detrás de él, y muy pronto encontró la oportunidad de quitárselo. Lo hizo con tanta rapidez, que el pobre jurado (que era nada menos que Guillermito, la lagartija) no pudo darse cuenta de quién le había quitado su lápiz. Así es que, después de haberlo buscado por todas partes, se vio obligado a escribir con el dedo durante el resto de la tarde, cosa que resultaba muy inútil, ya que no dejaba ninguna marca en la pizarra.

–¡Qué el heraldo lea la acusación! –ordenó el rey.

Con esto, el conejo blanco hizo sonar tres veces la trompeta. Y luego, desenrollando el pergamino, leyó:

*La Reina de Corazón hizo unas tortas
un día de verano.*

*Llegó la Sota, las robó,
y se largó a buen paso.*

–Dictad vuestro veredicto –dijo el rey al jurado.

–¡Todavía no! ¡Todavía no! –interrumpió apresuradamente

el conejo—. ¡Hay mucho que considerar antes de eso!

—Llamad al primer testigo —ordenó el rey.

El conejo blanco hizo sonar tres veces su trompeta, y luego gritó:

—¡El primer testigo!

El primer testigo era el sombrerero. Venía con una taza de té en una mano y una rebanada de pan con mantequilla en la otra.

—Pido perdón a Vuestra Majestad por haber traído esto, pero no había terminado mi té cuando me llamaron.

—Debiera haberlo terminado —declaró el rey—. ¿Cuándo lo empezó?

El sombrerero miró a la liebre de marzo, que lo había seguido hasta la sala del juicio, trayendo del brazo al lirón.

—Creo que fue el catorce de marzo —dijo.

—El quince —rectificó la liebre.

—El dieciséis —agregó el lirón.

—Escriban eso —ordenó el rey al jurado.

Todos los miembros escribieron apresuradamente las tres fechas en sus libretas; en seguida las sumaron y las convirtieron en pesos y centavos.

—Quítate el sombrero —ordenó el rey al sombrerero.

—No es mío —contestó el hombre.

—¡Es robado! —exclamó el rey dirigiéndose al jurado, que inmediatamente anotó el hecho.

—Todos mis sombreros están a disposición de los clientes que quieran comprármelos —agregó el sombrerero para dar una explicación—. No tengo ninguno que sea de mi propiedad. Soy un sombrerero.

Aquí la reina se caló los anteojos y empezó a mirar fija y duramente al sombrerero, quien se puso pálido y muy nervioso.

—Haz tu declaración y no te pongas nervioso —dijo el rey—. En caso contrario, serás ejecutado.

Esto no pareció alentar en absoluto al testigo. El hombre empezó a dar saltos, primero sobre un pie y luego sobre el otro, mirando con desesperación a la reina. Luego, en medio de su confusión, se comió un gran pedazo de la taza, en vez de morder la rebanada de pan con mantequilla.

En ese preciso momento, Alicia experimentó una sensación muy curiosa, que la mantuvo bastante desconcertada hasta que se dio perfecta cuenta de qué se trataba. Estaba empezando a crecer de nuevo. Pensó primero que debería levantarse y salir de la sala, pero luego decidió quedarse mientras cupiera dentro de la habitación.

—Me gustaría que no me apretaras tanto —dijo el lirón, que estaba sentado al lado de la muchacha—. Apenas me dejas respirar.

—Pero no puedo evitarlo. Estoy creciendo.

—No tienes derecho para crecer aquí —arguyó el lirón.

—No hables necedades —contestó bruscamente Alicia—. También tú estás creciendo.

—Sí, pero lo hago en forma razonable —contestó el lirón—, y no de una manera ridícula.

Se levantó bruscamente para dirigirse al otro extremo de la sala.

Durante todo ese tiempo, la reina no había dejado un instante de mirar fijamente al sombrerero y, en el preciso momento en que el lirón atravesó la sala, dijo a uno de los oficiales de la corte:

—Tráeme la lista de los que cantaron en el último concierto.

Con estas palabras el sombrerero se puso a temblar en tal forma, que sus zapatos se entrechocaban con el estremecimiento de las piernas.

—Haz tu declaración —repitió el rey con enojo—. De otro modo, se te ejecutará sin considerar si estás nervioso o no.

—Soy un pobre hombre, Vuestra Majestad —empezó a decir el sombrerero con voz temblorosa—. Solo empezaba a tomar mi té... hace más o menos una semana... y como las rebanadas de pan con mantequilla se ponían tan delgadas y la taza empezaba a parpadear...

—¿Qué era lo que empezaba a “parpadear”...? —preguntó el rey.

—Yo empecé a tomar té —contestó el sombrerero.

—¿Confundes “parpadeo” con “primera”, porque las dos palabras comienzan con “p”? —preguntó secamente el rey—. ¿Me has tomado por un estúpido? ¡Vamos, continúa!

—Soy un pobre hombre —repitió el sombrerero—, y casi todas las cosas parpadean después de aquello... Solo que la liebre de marzo dice...

—Yo no digo nada —interrumpió apresuradamente la liebre.

—Sí dijiste —insistió el sombrerero.

—¡Lo niego! —declaró la liebre de marzo.

—¡Lo niega! —repitió el rey—. Dejemos esa parte a un lado.

—Bueno, en todo caso... el lirón dijo... —continuó diciendo el sombrerero, mirando al animal ansiosamente para ver si negaba, pero el lirón no podía negar nada, porque estaba profundamente dormido—. Después de eso... comí un poco más de pan con mantequilla...

—¿Pero qué fue lo que dijo el lirón? —preguntó uno de los testigos.

—No puedo recordarlo —contestó el sombrerero.

—Debes recordarlo —declaró el rey—. En caso contrario serás ejecutado.

El infeliz sombrerero dejó caer la taza y la rebanada de pan con mantequilla y se arrodilló, diciendo:

—Soy un pobre hombre, Vuestra Majestad...

—Eres un pobre orador, eso sí... —observó el rey.

En este momento, un ratón lanzó un grito de entusiasmo que fue sofocado inmediatamente por los ujieres de la corte. (Aunque la forma de hacer callar al animal parezca un poco dura, no queda más remedio que explicarla. Lo echaron en un saco de lona que se amarraba en un extremo, y luego se sentaron encima).

“Me alegro de haber visto eso —pensó Alicia—. He leído muchas veces en los diarios que al final de los juicios ‘hubo cierta tentativa de aplauso que fue inmediatamente sofocada por los ujieres de la corte’, y nunca lo había entendido hasta ahora”.

—Si no tienes nada que agregar, puedes descender, entonces —dijo el rey al sombrerero.

—No puedo descender más —contestó el sombrerero—. Estoy en el mismo suelo.

—Entonces, siéntate —ordenó el rey.

Aquí aplaudió otro ratón, al que también hicieron callar.

“¡Con esto se acaban ya los ratones! —pensó Alicia—. Las cosas irán mejor ahora”.

—Preferiría terminar mi té —dijo el sombrerero, dando una ansiosa mirada a la reina que leía la lista de los cantantes.

—Puedes irte... —consintió el rey.

El sombrerero salió corriendo de la sala, sin darse siquiera tiempo para ponerse los zapatos.

—...Y que le corten la cabeza al lado afuera —agregó la reina, dirigiéndose a uno de los ujieres.

Pero el sombrerero ya se había perdido de vista, así es que no fue posible cumplir la orden.

—Llamen al testigo siguiente —ordenó el rey.

El próximo testigo era la cocinera de la duquesa. Traía una caja de pimienta en la mano. Alicia se dio cuenta de lo que se trataba mucho antes de que la mujer entrara a la sala, porque toda la gente que se encontraba cerca de la puerta empezó a estornudar.

—Haz tu declaración —dijo el rey.

—No tengo nada que declarar —contestó la cocinera.

El rey miró molesto al conejo blanco, que dijo en voz baja:

—Su Majestad debe volver a examinar detenidamente a este testigo.

—Sí, debo hacerlo, debo hacerlo —repuso el rey, con tono melancólico, y después de cruzar los brazos, mirando ceñudamente a la cocinera con los ojos desorbitados,

preguntó—: ¿De qué están hechas las tortas?

—De pimienta, en su mayor parte —repuso la cocinera.

—No es cierto —dijo una voz adormilada a sus espaldas.

—¡Que ahorquen a ese lirón! —chilló la reina—. ¡Que le corten la cabeza! ¡Que le saquen de la sala! ¡Pellízquenlo! ¡Córtenle los bigotes!

Durante algunos minutos reinó en la sala una terrible confusión, en tanto que el lirón era lanzado afuera. Mientras las cosas se tranquilizaban de nuevo, la cocinera había desaparecido.

—No importa —dijo el rey con una sensación de gran alivio—. Llamen al testigo siguiente. —Y agregó en voz baja, dirigiéndose a la reina—: En realidad, debieras ser tú, querida, quien examinara al próximo testigo. ¡Siento dolor de cabeza!

Alicia miró al conejo blanco mientras examinaba la lista, sintiendo mucha curiosidad por saber quién sería el próximo testigo.

“¡No es mucha la evidencia que han obtenido”, reflexionó.

Imagínense la sorpresa que tuvo la muchacha cuando el conejo leyó, con toda su voz débil y chillona, el nombre de ¡Alicia!

La declaración de Alicia

—¡Aquí estoy! —gritó Alicia, casi olvidando, en la precipitación del momento, todo lo que había crecido en los últimos minutos. Saltó con tal prisa, que tropezó con el palco del jurado, que se enredó en la orilla de su falda, viniéndose al suelo y lanzando por todos lados a los jurados. Al verlos agitándose en el suelo, la muchacha no pudo menos que recordar una redoma con peces que había volcado en su casa la semana anterior...

—¡Les ruego que me perdonen! —exclamó con tono de terrible desesperación, y empezó a recogerlos a todos tan rápido como le fue posible, porque el accidente de la redoma estaba todavía muy vivo en su mente, y recordaba que, en aquella ocasión, había tenido que recoger a los peces con mucha prisa para evitar que murieran.

—El juicio no puede continuar—declaró el rey con voz grave— hasta que todos los jurados hayan vuelto de nuevo al sitio que les corresponde.

Estas últimas palabras las pronunció con mucho énfasis, sin dejar de mirar severamente a Alicia.

La muchacha se volvió hacia el palco del jurado y vio que, en su precipitación, había puesto a la lagartija cabeza abajo, y la pobre criatura agitaba la cola en una forma lamentable, sintiéndose absolutamente incapaz de moverse. Alicia la volvió a su posición normal.

“No creo que signifique mucho arreglarlos—pensó—. Me parece que el jurado resulta tan útil en una posición como en la otra”.

Tan pronto como el jurado se hubo recobrado de la terrible emoción sufrida al sentirse cabeza abajo, y cuando ya hubieron encontrado sus pizarras y sus lápices, empezaron a trabajar muy afanosamente para anotar la historia del accidente. Todos empezaron a escribir, con excepción de la lagartija, que parecía demasiado abrumada como para hacer otra cosa que sentarse con la boca abierta mirando el techo de la sala.

—¿Qué sabes sobre este asunto?—preguntó el rey a Alicia.

—Nada.

—¿Absolutamente nada?

—Absolutamente nada—persistió Alicia.

—Eso es muy importante—dijo el rey, volviéndose hacia el jurado.

Empezaban a anotar esto en sus pizarras, cuando el conejo blanco les interrumpió:



–Sin “importancia” es lo que Su Majestad ha querido decir, naturalmente –dijo con tono muy respetuoso, pero frunciendo el ceño y haciendo muecas al soberano mientras hablaba.

–Sin “importancia”, por cierto, fue lo que quise decir –declaró apresuradamente el rey, repitiendo para sí, con tono más bajo: “Importante, sin importancia, sin importancia, sin importancia”, como si tratara de ver cuál de las dos expresiones sonaba mejor.

Algunos de los miembros del jurado anotaron “sin importancia”, y otros “importante”. Alicia podía ver esto, porque estaba lo suficientemente cerca de ellos como para leer en sus pizarras.

“Sin embargo, ‘no importa’ absolutamente nada”, pensó.

En ese momento el rey, que había estado durante un rato muy ocupado escribiendo en su libreta gritó:

–¡Silencio! –y leyó de su libro–: “Reglamento cuarenta y dos: Todas las personas que midan más de una milla de alto tendrán que abandonar la sala”.

Todo el mundo miró a Alicia.

–Yo no tengo una milla de alto –declaró la muchacha.

–Sí tienes –contestó el rey.

–Casi dos millas de alto –agregó la reina.

–Bueno, pero no me iré de ninguna manera –declaró Alicia–. Por lo demás, ese no es un reglamento serio. Lo acaba de inventar usted en este instante.

–Es el reglamento más viejo del libro –contestó el rey.

–Entonces debiera tener número uno –observó la muchacha.

El rey se puso pálido y cerró apresuradamente su libreta.

–Considerad vuestro veredicto –dijo, dirigiéndose al jurado con voz temblorosa.

–Hay mayores evidencias que presentar, si Su Majestad se digna –gritó el conejo blanco, levantándose con mucha prisa–. Se acaba de recoger este papel.

–¿Qué es lo que dice? –preguntó la reina.

–No lo he leído todavía –repuso el conejo blanco–, pero parece ser una carta escrita por el prisionero a... a alguien...

–Tiene que haber sido así –corroboró el rey–, a menos que no haya sido dirigida a nadie, cosa que sería bastante extraña, por lo demás.

–¿A quién está dirigida? –preguntó uno de los miembros del jurado.

–No está dirigida a nadie –respondió el conejo–. En realidad, no hay nada escrito afuera.

Mientras hablaba, sacó el papel de su sobre, y agregó:

–No es ninguna carta. Se trata de unos versos.

–¿Y están escritos con la letra del prisionero? –preguntó otro de los jurados.

–No –repuso el conejo blanco–. ¡Eso es lo que me parece más raro!

(Todo el jurado parecía muy confundido).

–Debe haber imitado la letra de alguna otra persona –declaró el rey.

(El jurado pareció iluminarse de nuevo).

–Ruego a Vuestra Majestad –dijo la Sota– que me oiga.

No he escrito eso y no pueden probar que lo haya hecho.
No tiene ninguna firma

–Si no la firmaste –dijo el rey–, solo lograrás que empeore tu causa. Supongo que pretendes significar que cometiste un error, porque de otro modo habrías puesto tu firma como todo hombre honrado.

Hubo un aplauso general ante estas palabras. Era la primera cosa realmente inteligente que había dicho el rey ese día.

–¡Eso prueba que es culpable! –gritó la reina.

–No prueba absolutamente nada –contestó Alicia–.
¡Ni siquiera saben ustedes lo que hay escrito!

–Léelas –ordenó el rey.

El conejo blanco se puso los anteojos.

–¿Por dónde empiezo, Majestad?

–Empieza por el principio –contestó gravemente el rey–.
Y sigue hasta que llegues al final. Entonces te detienes.

Estos fueron los versos que leyó el conejo blanco:

*–Me dijeron que fuiste con ella
y que me mencionó al hablar.
Y aunque mi humor no le hace mella
contó que yo no sé nadar.*

*Él relató que yo no fui
(todos sabemos que es verdad).
Di, ¿qué sería, pues, de ti
si se averigua la realidad?*

*Le di uno a ella y a él di dos,
y tú no das más que tres.
Mas eran míos todos los
que te devuelven, como ves.*

*Si ella o yo nos vemos un día
entre montones de procesos,
juro que les defendería
para que no les tomaran presos.*

*Hoy día opino que tú fuiste
(antes de que se desmayara)
el obstáculo que apareciste
entre ellos, yo y la verdad clara.*

*No se entere que quiso más
a los otros. Quede esto aquí,
sin que lo sepan los demás,
para ti y solo para mí.*

–Esta es la prueba más importante que tenemos –dijo el rey, frotándose las manos–. Dejemos, pues, que el jurado proceda...

–Si alguno de ellos es capaz de explicarlo –dijo Alicia (que había crecido tanto en los últimos minutos, que no se sentía en absoluto atemorizada de interrumpirles)–, le regalaré cinco pesos. No considera que se le encuentre sentido alguno a este asunto.

El jurado anotó en sus pizarras: “Ella no encuentra

sentido alguno en el asunto”, pero ninguno se atrevió a explicar lo que decía el papel.

–Si no tiene ningún sentido –dijo el rey–, quiere decir que se ahorra una cantidad de molestias, porque ya no tenemos que darnos el trabajo de encontrar el significado. Sin embargo, no sé –continuó diciendo, mientras que extendía sobre su rodilla el papel donde estaban los versos y los miraba con un ojo– ...Creo encontrar algún sentido en ellos, después de todo: “dijo que no sé nadar”, ¿es verdad que no sabes nadar? –preguntó, dirigiéndose a la Sota.

El prisionero movió tristemente la cabeza y repuso:

–¿Tengo aspecto de nadador?

(Por cierto que no lo tenía, puesto que era entero de cartón).

–Está bien hasta aquí –dijo el rey, y continuó mascullando los versos entre dientes–: “Todos sabemos que es verdad...” Ese es jurado, naturalmente... “Le di uno a ella y a él di dos”. ¡Caray, eso debe ser lo que hizo con las tortas!

–Pero continuó diciendo: “Mas eran míos todos los que devuelven, como ves” –dijo Alicia.

–¡Naturalmente, porque todas están allí –declaró el rey triunfante, señalando las tortas que había en la mesa–. No hay nada más claro que eso. Luego dice: “antes de que se desmayara”, y tú nunca te desmayas, ¿no es cierto, querida mía? –preguntó el rey.

–¡Nunca! –gritó la reina furiosa, lanzando un tintero a la lagartija, con esa palabra.

(El infortunado Guillermito había dejado de escribir con el dedo, al descubrir que no marcaba nada; pero ahora

empezó a hacerlo apresuradamente de nuevo, aprovechando la tinta que le corría por la cara).

–Quiere decir entonces que esas palabras no están de acuerdo contigo –dijo el rey, dirigiéndose primero a la reina y luego mirando sonriente a toda la sala.

Se produjo un silencio mortal.

–Se trata de una broma –agregó el rey.

Todo el mundo rió.

–Dejemos que el jurado dicte la sentencia –agregó el rey por vigésima vez en el día.

–¡No, no! –gritó la reina–. ¡Primero la sentencia y después el veredicto!

–¡Necedades y tonterías! –declaró Alicia en voz alta–. ¡Qué idea esa de pedir la sentencia antes que el fallo!

–¡Sujeta tu lengua! –gritó la reina, poniéndose roja.

–¡No pienso! –contestó Alicia.

–¡Que le corten la cabeza! –gritó la reina con toda fuerza. Pero nadie se movió.

–¿Quién le va a hacer caso a usted? –dijo Alicia (que ya había alcanzado su estatura normal)–. ¡No son nada más que un juego de naipes!

Con estas palabras, todas las cartas se levantaron en el aire y cayeron volando sobre ella. Alicia dio un pequeño grito, mitad de miedo y mitad de enojo, y, al tratar de echarlas a un lado, se encontró tendida en un banco con la cabeza apoyada en la falda de su hermana, quien le quitaba suavemente algunas hojas secas que le habían caído de los árboles sobre la cara.

–¡Despiértate, Alicia querida! –dijo su hermana–. ¡Has

estado durmiendo mucho rato!

—¡Qué sueño tan curioso he tenido! —exclamó Alicia, y contó a su hermana, lo mejor que pudo recordar, todas sus extrañas aventuras, que eran las mismas que ustedes han estado leyendo. Cuando terminó, su hermana la besó y repuso:

—Ha sido, indudablemente un sueño muy curioso, hermanita. Pero ahora corre a tomar tu té. Se está haciendo tarde.

Alicia se levantó y corrió, pensando en el maravilloso sueño que había tenido.

*

Su hermana se quedó sentada en el mismo sitio, contemplando la puesta de sol y pensando en Alicia y en todas las aventuras maravillosas que le había contado, hasta que ella empezó a soñar también. Este fue su sueño:

Primero soñó con su hermana. Volvía a ver sus pequeñas manos apoyadas sobre sus rodillas, mientras que sus claros y grandes ojos se clavaban sobre ella. Podía oír los variados tonos de su voz y ver los curiosos movimientos de su cabeza para echar atrás su cabellera flotante, que siempre le caía sobre los ojos. Muy quieta, escuchó, o le pareció escuchar, que todo lo que la rodeaba cobraba vida y se poblaba con las extrañas criaturas que habían figurado en el sueño de Alicia.

La alta yerba se estremeció a sus pies, mientras el conejo blanco corría; la asustada rata cruzaba chapoteando

la charca vecina. Escuchaba el chocar de las tazas de té, mientras que la liebre de marzo y sus amigos compartían una interminable merienda; y la voz chillona de la reina ordenaba que se ejecutara a sus desgraciados huéspedes. De nuevo el pequeño cerdito estornudaba sobre las rodillas de la duquesa, mientras zumbaban a su alrededor los platos y las fuentes. Sintió los chillidos del grifo, los crujidos del lápiz de la lagartija sobre la pizarra y los estremecimientos del ratón, mientras que el aire se llenaba con los sollozos distantes de la infeliz tortuga falsificada.

Se sentó con los ojos entornados, y casi creyéndose transportada al País de las Maravillas, aunque sabía que, al volver a abrir de nuevo sus párpados, tendría que transformarse todo en una cruda realidad: la yerba solo se estremecería agitada por el viento y el charco chapotearía únicamente por el movimiento de los juncos. El entrechocar de las tazas de té se convertiría en el tintinear de las esquilas del rebaño; la voz de la reina no sería otra cosa que los gritos del niño que trabajaba de pastor; y los estornudos del nene, los chillidos del grifo y todos los ruidos extraños se cambiarían (ella lo sabía muy bien) por el confuso clamor de la hacienda en plena actividad, mientras que el balar del ganado, a la distancia, reemplazaría lo sollozos de la tortuga falsificada.

Luego se trazó el cuadro de cómo su hermanita de ahora se convertiría en la mujer de mañana y conservaría a través de los años, su corazón sencillo y adorable de niña. También la soñaba rodeada de otros niños, que la contemplaban con ojos claros y anhelantes, mientras Alicia

les contaba extrañas historias, tejidas, tal vez, con el sueño que tuvo hace muchos años y que la transportó al País de las Maravillas. Imaginó lo que ella experimentaría con las mismas penas ingenuas de los pequeños, y cuán alegre se sentiría con sus infantiles alegrías, al recordar su propia infancia y aquellos felices días de verano.



Lewis Carroll nació en 1832 en Daresbury, Inglaterra. Hijo de un modesto pastor anglicano, se educó en casa hasta los once años; continuó su aprendizaje en una escuela pública e hizo sus estudios universitarios en Oxford, donde residió hasta su muerte, en 1898. Desde su publicación, las primeras obras de Carroll tuvieron un sorprendente éxito. *Alicia en el país de las maravillas* (*Alice's Adventures in Wonderland*, 1865) y *Alicia tras el espejo* (*Trough the looking-Glass and What Alice found There*, 1871) han sido traducidas a cientos de idiomas. Y sus personajes principales –Alicia, el conejo blanco, el gato de Cheshire...– son tan populares, ayer como hoy, que se los utiliza como marcas comerciales de toda clase de productos.

Alicia en el País de las Maravillas fue escrita en 1862, en una época en que predominaba en la literatura infanto-juvenil el sentido y el afán didáctico. Alicia fue el primer personaje que introdujo en la novela juvenil la ingeniosa mezcla de fantasía y realidad, la suave sátira, el absurdo y la lógica. Muy pronto la obra se transformó en un clásico e influyó fuertemente en las creaciones literarias infanto-juveniles que le siguieron.

ZIG-ZAG

ISBN: 978-956-12-3037-8

9 789561 230378



CÓDIGO: 7978



Viento Juven > NOVELA